BIBLIOTECA ESOTÉRICA

ARNAU DE VILANOVA

DISCURSO SOBRE EL NOMBRE DE DIOS

(ALLOCUTIO SUPER TETRAGRAMMATON)

EDICIONES OBELISCO

Esta obra singularísima rescata un discurso doctrinal sobre el significado del nombre *Tetragrámaton* cuya hermenéutica es aplicada primero a los caracteres hebraicos con los que está escrito y después traducida a los latinos. Este libro podría inscribirse en la corriente renacentista de la llamada "cábala cristiana" tan en boga en la época en Francia e Italia.

Traducida y profusamente anotada por Carmen de la Maza y Ribera, ésta es la primera versión en castellano que se realiza de la *allocutio*. La presente edición incluye otro opúsculo de Arnau de Vilanova, el *Tratado de la caridad*.

Arnau de Vilanova, (1238-1311) fue médico, filósofo y visionario. Estudió en la facultad de Montpellier donde se graduó como maestro en Medicina. Le debemos más de 70 obras médicas y un número indeterminado de opúsculos de carácter filosófico como el que estamos editando, muchos de ellos desaparecidos en el año 1316 en las hogueras de la Inquisición.

Importado por:
Distribuciones Mediterráneo SAC
RUC. 20537069831
Boulevard 162, of. 504.
Santiago de Surco, Lima -Perú
(511)436 1530-(511)436 1413

84-9777-014-5
9 788497 770149

Diseño de la cubierta: Enrique Iborra

Discurso
sobre el
Nombre de Dios

ARNAU DE VILANOVA

DISCURSO

SOBRE EL

NOMBRE DE DIOS

(ALLOCUTIO SUPER TETRAGRÁMATON)

seguido de

TRATADO DE LA CARIDAD

EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Biblioteca Esotérica
DISCURSO SOBRE EL NOMBRE DE DIOS
Arnau de Vilanova

1ª edición: Noviembre de 2005

Título original: *Allocutio super Tetragrámaton*

Traducción: *Carmen de la Maza*
Maquetación: *Marta Rovira*
Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2005 by Ediciones Obelisco, S.L
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco S.L.
Pere IV, 78 (Edif. Pedro IV) 3ª planta 5ª puerta.
08005 Barcelona-España
Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23
Castillo, 540 -1414 Buenos Aires (Argentina)
Tel y Fax 541 14 771 43 82
E-mail: obelisco@edicionesobelisco.com

ISBN: 84-9777-014-5
Depósito Legal: B-1.199-2005

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyá/Valls S.A.
Verdaguer, 1 – 08076 Capellades (Barcelona)

Ninguna parte de esta publicación, incluso el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Estudio Introductorio

Comentarios
biográficos acerca del autor

«Las tumbas de los hijos de Dios
son tumbas vacías...»

El Mensaje Reencontrado
XXXIV, 9

Siempre ha habido personajes geniales y queremos creer que seguirá habiéndolos. Pero, hoy por hoy, para encontrar alguno, hay que armarse con el valor propio de un indigente y rebuscar hasta el fondo en el contenedor de la basura.

A ningún observador se le escapa la relajación de costumbres y la economía en el uso del lenguaje que envuelve nuestro entorno como un virus contagioso y paralizante.

La perplejidad por respuesta ante la belleza resulta ser el único bagaje emocional pálidamente perceptible. Disponer de la capacidad de verbalizar una emoción, aunque mínima, en proporción directa al estímulo recibido, es virtud que ha quedado reservada a los pocos que han sabido cultivarla.

Pongamos por ejemplo la poesía, se trata de un placer que sólo ciertas minorías disfrutan. O bien, las artes que son mal comprendidas y precipitadamente juzgadas y denostadas.

Por suerte, a nuestro autor le tocó vivir en una época en la que las actividades científicas no estaban reñidas con el arte, al contrario; ¿acaso sería porque la ciencia, menos elaborada entonces, no estaba sometida a reglas tan estrictas como ahora?, ¿sería por esta razón que era más afín al arte, en definitiva la máxima expresión de la libertad? Ahora, deberíamos reflexionar si con el actual divorcio entre ciencia y arte, hemos salido ganando.

Arnau de Vilanova dominaba la Medicina, la Teología, incluso la Alquimia; pero su gran secreto fue conocer que el auténtico sentido práctico de la vida reside en esforzarse por atraer la belleza del cielo y enlazarse con ella para alcanzar la inmortalidad. Sus escritos así lo expresan, con la sutilidad y sensualidad de estilo que le es propio. En sus obras se intuye una historia de amor que se revela de vez en cuando, dejando entrever destellos de luz primordial en perfecta armonía con un hombre de carne y hueso.

Avanzado el siglo XX y dispuesto a demostrar que los placeres divinos no se han perdido durante el transcurso de la historia, se revela otro hombre genial, Louis Cattiaux, capaz de reconocer y saborear las mismas exquisiteces. Valora, lector, cuando dice: «¿Quién puede contemplar la curva perfecta de un seno de mujer, sin loar al magnífico artista?»[1]

La fecha y el lugar de nacimiento de Arnau de Vilanova, así como sus orígenes, son inciertos. Considerando que en el año 1260 estudiaba medicina en Montpellier, podemos aventurar su fecha de nacimiento alrededor de 1238, cuando Jaime I conquistó Valencia, posible patria de nuestro autor.

1. MR XVIII, 18

Sabemos que estuvo casado, que tenía una hija religiosa, que poseía bienes cuantiosos en Montpellier, Cataluña y Valencia y que si a veces montaba sobre un asno, como nos dicen que hacía san Vicente Ferrer, también viajaba en carroza real por su condición de médico de la corte y del papado.

Sabemos también que fue clérigo. En esa etapa de la Edad Media casi todos los médicos fueron clérigos. No es de extrañar, porque en Occidente, hasta el siglo XIII, no existían las universidades y las enseñanzas superiores se impartían en los monasterios, siendo el clero el único referente cultural. Aquello obligaba a los estudiantes deseosos de aprender a desplazarse de un monasterio a otro. Tal preponderancia perduró hasta bien entrado el siglo XIII, por lo cual no resulta extraño que en tiempos de Arnau aún ejerciera su influencia y la condición de clérigo le abriera las puertas recién estrenadas de las universidades.

Comenzó su formación en las escuelas conventuales de los dominicos. En su carta a los Padres Predicadores –nombre que se da a la Orden de Santo Domingo– de París, fechada en 1301, recuerda con ternura los estudios de aquellos primeros años, que despertaron en él un gran amor por esta orden.

Más tarde, según el testimonio del propio Arnau, durante una de sus largas permanencias en Montpellier, posiblemente en sus buenos tiempos de estudiante, frecuentó por espacio de seis meses la escuela conventual de los dominicos para estudiar Teología. Pero su auténtico maestro fue el apologeta y orientalista, también dominico, fray Ramón Martí de Subirats, quien entre los años 1281 y 1285 dirigió el colegio misionero de lenguas orientales abierto por dicha orden en Barcelona. Bajo la experta mano de fray Ramón Martí, Arnau aprendió la lengua hebrea, tal como él mismo explica en la obra que aquí nos ocupa, y fue instruido en los libros

bíblicos, así como en la literatura talmúdica y rabínica, aunque el mayor bien que recibió Arnau de su maestro fue la transmisión de su conocimiento profundo de la Cábala hebraica[2] a la que resueltamente se había afiliado y que se refleja en su obra más importante, el *Pugio Fidei* (El puñal de la fe), a pesar de su aparente intención controversista.

Además, es también probable que hubiera cursado estudios elementales de griego porque mantuvo relaciones con los monjes del Monte Athos, para quienes tradujo o hizo traducir al griego una compilación de nueve escritos suyos de contenido espiritual, conservados hoy en un códice de la biblioteca de San Petersburgo. Como veremos en la presente edición, las disquisiciones sobre los fonemas griegos que esgrime en su *Allocutio*, convencen de que poseía algunos conocimientos de esa lengua.

De hecho, en la universidad solo cursó estudios de medicina hasta obtener el título de *magister medicinae*. Nunca pasó por la facultad de Teología, lo que ayuda a explicar sus divergencias con los teólogos parisinos.

Bien dotado intelectualmente y con una amplia cultura lingüística general y profesional y magníficamente relacionado con la corte catalana, la curia pontificia, los dominicos y los cistercienses, Arnau de Vilanova se encontró en espléndidas condiciones para emprender una brillante carrera científica. Se convirtió en un médico famoso eclipsando a sus contemporáneos y dejando después de su muerte una estela inextinguible de admiración por su competencia en el arte de curar.

Cuando los documentos de la cancillería catalana empiezan a hablar de él, ya había conquistado la celebridad. En el

2. Recibir, en hebreo *Kibel* (קבל), de donde deriva la palabra Cábala.

año 1281, Pedro el Grande le asigna una renta anual importante a condición de que viva en su corte, situación que se prolonga hasta el reinado de su hijo Alfonso (1287-1291). Pero libre ya de su compromiso de residencia, aceptará una cátedra para enseñar medicina en su bien conocida universidad de Montpellier.

Durante sus años de docencia maduraron en su alma profundas meditaciones religiosas y en el verano de 1292, aplicando la enseñanza recibida por su maestro Ramón Martí, compuso la obra objeto de esta edición, de la que hablaremos con detalle más adelante. A continuación, y con el mismo espíritu religioso, escribió dos grandes tratados: el *Comentario sobre el Apocalipsis* y el *Tratado sobre el Anticristo*, cuya primera parte terminó en 1297.

En el año 1299 se inicia el periodo más agitado de su vida. En el momento de alcanzar la cúspide de la fama científica, cuando papas y reyes empiezan a ofrecerle sus mecenazgos y a disputárselo como médico, su espíritu, profundamente transformado por una meditación largamente vivida, manifiesta públicamente sus conocimientos sobre las cosas divinas, difundiendo sus visiones proféticas sobre el fin del mundo y el Anticristo como nunca antes había hecho, a la vez que predica la urgencia de una reforma de la vida interior y la necesidad de reorganizar la Iglesia.

A pesar de su prestigio y su permanencia en la corte francesa, protegido por Jaime I que le confiaba labores diplomáticas, el 18 de diciembre de 1299 es detenido por incluir sus ideas teológicas y sus visiones proféticas en el contenido de una conferencia política. Aunque su condición de embajador le libra de la cárcel, el proceso sigue su curso y Arnau, al cabo de seis meses, es llamado a París, y

en presencia del obispo y de la Facultad de Teología en pleno, es obligado a retractarse de sus palabras.

Este episodio tuvo graves consecuencias: provocó su ruptura con los clérigos seculares que habían llevado el peso de la acusación y comprometió seriamente su amistad con los dominicos. Pidió ayuda al rey, que le garantizó su seguridad personal, y al papa Bonifacio VIII, quien le defendió y mandó rebajar la sentencia de París por tildarla de excesiva.

El papa Bonifacio VIII, que confiaba en su experiencia médica y alquímica, decidió ponerse en sus manos. Desde hacía tiempo sufría dolorosos cólicos renales que su equipo médico no había podido curar. Arnau, le liberó de su enfermedad, aplicándole unos sellos astrológicos que confeccionó especialmente para él. Después le dedicó su tratado *De Sigillis* donde explica el procedimiento empleado para su elaboración. En dicho tratado expone cómo captar y filtrar, en circunstancias especiales, las propiedades exclusivamente positivas de los astros, eliminando sus influencias negativas que son la causa de todas las enfermedades y hasta de la muerte.

Pero, no acabarían aquí los prodigios de los que era capaz Arnau de Vilanova. De nuevo, ante el papa Bonifacio VIII, transmutó varios lingotes de plomo en oro puro. Esta acción le valió definitivamente la envidia y reprobación de la curia romana. La postura del Papa fue obviar la crítica y aconsejar a Arnau una dedicación completa a la práctica médica y alquímica, sin ocuparse en absoluto de las controversias teológicas de sus contemporáneos. Esto explica su ocupación en diversos tratados médicos y alquímicos. Pero Arnau tampoco podía renunciar a sus convicciones proféticas, y así, en el verano de 1301, cuando el Papa lo envía a su castillo de Scurcola, cerca de Anagni, para que descanse de

su actividad habitual, escribe su tratado *De cymbalis ecclesiae*, de contenido eminentemente profético.

Remite un ejemplar al Papa, esperando su conformidad, pero recibe de él un simple acuse de recibo que confunde con ésta, y ello le impulsa a distribuir más ejemplares al rey de Cataluña-Aragón, al rey de Francia, a las comunidades dominica y franciscana de París y Montpellier, a los canónigos agustinos de San Víctor, a los cistercienses de Valmaña y a los obispos de Burdeos y Valencia. A partir de este momento, el papa Bonifacio VIII le retira todo su apoyo.

Tras este desengaño y de otros que siguieron, a partir del año 1304, aferrándose cada día más a la idea de la necesidad de una reforma espiritual, cambia de orientación, para dirigirse a la institución real y al estamento laico. De aquí parten estas dos líneas de actuación que llenan los últimos ocho años de su vida; a ellas debería añadirse una tercera que flotaba en el ambiente: la empresa de una cruzada contra los sarracenos, a la que se incorpora por la influencia inmediata de Ramón Llull. Su nueva postura le relaciona, por un lado, con los frailes menores espirituales, dirigidos por Ubertino da Casale y Peire Olieu u Olivi y, por otro, con los inicios del beguinaje en Europa.

Así pues, desde 1305, Arnau predica la reforma entre los laicos y, para aproximarse a este nuevo público, abandona la lengua latina para emplear el romance vulgar. Asimismo promueve la vulgarización de textos evangélicos y otros escritos espirituales, aunque por desgracia se conservan muy pocos ejemplares de esta literatura, que la Inquisición mandó destruir.

A partir de diciembre de 1308, la actividad de Arnau –que debía rondar los 70 años de edad– se intensifica en todas las líneas de actuación de su reforma. Su proyectada cruzada contra los sarracenos estaba en marcha y la comunicación con las institu-

ciones reales y los estamentos laicos se estaba consolidando. Fue entonces cuando el rey de Sicilia mandó llamarle para que descifrara un sueño que le atormentaba desde hacía siete años.

La sorpresa de Arnau fue que el sueño del monarca siciliano coincidía con otro que el rey francés Jaime II le había confiado. Rápidamente deduce que Dios desea que, con la unión de estos dos reinos bajo un único estandarte, la verdad de la fe cristiana resplandezca de nuevo y gobierne sobre la Tierra. Prepara un plan común cuya viabilidad depende de su gestión diplomática. Pronto viaja desde Sicilia a Roma, a Barcelona y a Aviñón, pero su estrategia fracasa por la oposición del rey de Nápoles que reclama para él el derecho de organizar y responsabilizarse de la expedición a Tierra Santa.

Arnau, prueba con un golpe de efecto y lee en Aviñón su conocido *Raonament d'Avinyó*. De nuevo sus atrevidos argumentos contrarían, esta vez, a las realezas europeas. Se queda sin apoyo, exceptuando al rey Federico de Sicilia, quien le retiene a su lado y comparte sus razonamientos. Incluso, en otoño de 1310, el rey pone en práctica alguna de las reformas que Arnau había aconsejado.

A pesar de todo, un año después, Arnau escribe a Jaime II desde Mesina. Aquí, perdemos su rastro. Un cronicón de Ripio menciona su muerte, según parece, acaecida en septiembre de 1311 durante un viaje por mar.

Anecdóticamente, la muerte de Ramón Llull se relata de la misma manera. Sucede en alta mar. Se supone que esta es una forma de justificar la inexistencia del cadáver, como en el caso de Llull. Sin embargo, según un cronista de la corte pontificia, Arnau de Vilanova yace enterrado en Génova.

Su producción literaria más importante

Arnau de Vilanova, al igual que Ramón Llull, fue un escritor fecundo. Puso al servicio de la búsqueda de Dios su buena condición de literato. Como médico divulgó la enseñanza de la ciencia y el arte de la medicina para curar el cuerpo; como médico y alquimista la forma de curar, asimismo, el cuerpo y el espíritu para deificar al hombre caído en el exilio.

Sus obras pasan del centenar, pero sus grandes tratados son escasos; abundan en cambio los opúsculos, respuestas a consultas, reglas de vida, proyectos de actuación y epístolas.

Dado que no es tarea fácil distinguir sus obras médicas de las de corte espiritual o alquímico –en el fondo todas persiguen una finalidad curativa– trataremos de relacionar algunas que particularmente consideramos interesantes, obviando las ya mencionadas, con el buen propósito de orientar al lector.

Ars graduandi complexionem medicinarum compositum

Emplea el estilo aforístico para que la enseñanza se aprenda y comprenda mejor por parte de sus discípulos. La obra se completa con un formulario de medicamentos.

Medicationis parabolae secundum instinctum veritates aeternae

Colección de 345 aforismos. Agrupados en siete doctrinas o partes. El autor expone los principios «nobles» de la medicina.

De conservanda iuventute et retardanda senectute

Epístola breve que, en sus últimos años, Arnau dirige al rey Roberto de Nápoles. Trata del mismo tema propuesto, medio siglo antes, por Roger Bacon en su opúsculo *De retardandis senectutis et sensibus conservandis.* Esta obra contribuyó a difundir, especialmente, la celebridad de Arnau de Vilanova.

Liber vitae

En esta obra, Arnau expone los medios recomendados por los filósofos para prolongar la vida. La dedicó a Gonzalo Rodrigo, cardenal de Toledo.

De amore qui heroicus (eroticus?) nominatur

Texto muy similar a su *De amore inordinato* que Arnau cita en *De improbationes maleficiorum*, uno de sus primeros escritos. Da consejos en torno a la pasión erótica. Compara la castidad con la heroicidad.

De humido radicali

Trata este ensayo como una enseñanza de filosofía natural. Valora la importancia y las claves del desperdicio espermático en el organismo humano.

Signa leprosorum

En esta obra trascendente el autor profundiza sobre el estigma del leproso y del libro del Levítico.

Recepta electuarii mirabilis

Aporta mucha información sobre las costumbres nutritivas de la época. Esta obra incluye la fórmula de un electuario. Es decir, la manera de preparar un jarabe natural excepcionalmente eficaz.

Rosarium philosophorum

Es el tratado de alquimia más extenso y controvertido de Arnau de Vilanova. Fue muy popular, a juzgar por el gran número de manuscritos y ediciones que se han publicado de la obra. La primera edición aparece en 1550. La obra contiene veinte imágenes que describen simbólicamente «le veritable art», la verdadera alquimia.

Epistola super alchimia ad regem neapolitanum

Es uno de los textos más famosos e inteligibles, de toda la historia que instruye sobre la piedra filosofal.

Imitatio dexterae dei excelsi...

Obra en la que el autor profundiza y razona sobre la obtención de la piedra filosofal. Expone y sintetiza su formulación.

Semita semitae

Texto alquímico dirigido al papa Benito XI en 1303. El mismo autor lo define como «un tratado corto, breve y sucinto, útil para quien lo comprenda. Los buscadores hábiles encontrarán en él una parte de la piedra vegetal que los demás filósofos han ocultado con esmero.» En este tratado habla en profundidad del mercurio de los filósofos. Contiene una primera parte muy interesante desde el punto de vista espiritual.

De improbatione maleficiorum

Escrito, todavía, durante su estancia en Valencia. Se trata de un opúsculo sobre la magia diabólica. Arnau admite la acción de los demonios sobre la naturaleza, pero niega que los hombres puedan servirse de ella a voluntad.

Capitula astrologiae de iudiciis imfirmatatum secundum motum planetarum

Riguroso y extenso tratado de astrología médica. El autor recomienda a los médicos el conocimiento de astrología con el fin de diagnosticar mejor las enfermedades y aplicar la terapia adecuada. Reconoce que la eficacia de los medicamentos depende, en buena medida, de las conjunciones planetarias y sus aspectos favorables o desfavorables.

De sigillis

Arnau explica la manera de confeccionar unos sellos capaces de filtrar exclusivamente la influencia benéfica de los astros sobre el hombre, evitando su aspecto

maléfico que se debe a las influencias contaminantes del mundo sublunar. El autor usaba estos sellos para curar enfermedades.

Prognosticationes visionum quae fiunt in somnis

Interesante tratado sobre la interpretación y el significado de los sueños. Consta de dos partes. En la primera, Arnau, estudia la naturaleza y causas de los sueños. Los clasifica en siete clases o grados de sueños, de manera ascendente, según su valor premonitorio. En la segunda parte narra los sueños tenidos por diversos reyes de la época. Destaca uno del rey Pedro el Grande. Arnau le advirtió, en consecuencia, que ceñiría la corona de Sicilia.

Lumen luminum

Tratado de alquimia en el que clarifica las palabras oscuras de los filósofos tradicionales.

De eleemosyna et sacrificio

Opúsculo de alto contenido espiritual que destaca la trascendencia de la verdadera limosna.

De considerationes quintae essentiae

Arnau firma esta obra bajo el seudónimo de Juan de Rupescisa o de Rocatallada. Describe detalladamente la manera de obtener el elixir de la vida.

Flos florum

Expone la doctrina alquímica a través de la enseñanza de los árabes.

Por otra parte, las obras de Arnau de Vilanova escritas en catalán son igualmente interesantes. Citemos algunas:

Lliçó de Narbona

Sermón escrito antes de 1308, año en el que murió el papa Clemente V. Ofrece un resumen de sus doctrinas apocalípticas y expone asuntos relacionados con el ayuno y la oración. Sus criterios son independientes de las prescripciones eclesiásticas. Exalta la escuela franciscana, muy arraigada en Catalunya. Por su contenido, este sermón, se difundió rápidamente entre el pueblo humilde.

Confessió de Barcelona

El manuscrito original de esta obra data del 11 de julio de 1305. Resume las prácticas espirituales necesarias que, a su juicio, debería implantar la Iglesia antes del advenimiento del anticristo.

Informació espiritual al rei Frederic

Carta redactada en Mesina durante el verano de 1310. Exhorta a este rey para que sirva a Dios de manera adecuada. Arnau propone ciertas reformas de la casa real y del reino de Sicilia.

En romance toscano, escribió:

Tratado sobre la caridad

Fue uno de los libros condenados por la Inquisición. Es una exégesis muy detallada de 1 Co 13, 1-7 que recrimina la actitud superficial del clero. El lector observará con admiración la sensualidad evidente que destilan algunos fragmentos del texto.

ALOCUCIÓN
SOBRE EL SIGNIFICADO
DEL NOMBRE
TETRAGRÁMATON

A PROPÓSITO DE LA *ALLOCUTIO*

La *Allocutio super Tetragrámaton*[2bis] es una obra singularísima, no sólo por ser la única de este carácter en la copiosa producción de Arnau, sino también por la exégesis escrituraria empleada en ella, sin precedentes en la literatura cristiana anterior, que se encuadra en la Cábala cristiana anterior o profética, cuyos inicios tuvieron lugar en el siglo XII.

Joaquim Carreras Artau la publica en su latín original transcribiendo el manuscrito nº 3.824 de la Biblioteca Vaticana, del cual la Biblioteca de Cataluña posee una fotocopia. Su autenticidad queda fuera de toda duda por el hecho de que Arnau ordenó y dirigió personalmente en Montpellier la confección del códice.

2 bis. Tomamos como base para la traducción el texto latino de Joaquim Carreras Artau, en *Sefarad* IX, pp. 80-105. Barcelona, 1949.

Existen por lo menos otros cuatro manuscritos que se conservan en latín, aunque ninguno puede parangonarse en autenticidad y antigüedad al ya citado, además de uno en griego, que se conserva en la Biblioteca Nacional de San Petersburgo, en el códice inventariado por E. de Muralt, con el número 20, folios 185-222.

En cuanto al contenido doctrinal del discurso, destacaremos algunos de sus pasajes para orientación del lector.

El escrito se abre con un prólogo de gran belleza literaria, que por sí solo acredita a Arnau como un gran estilista; todo él aparece impregnado de su amor por Ramón Martí y de la admiración por su obra maestra, el *Pugio fidei.*

Enunciado el tema, comienza una explicación sobre las tres lenguas más importantes en que han sido confeccionadas las Escrituras Sagradas, o sea, el hebreo, el griego y el latín, tanto desde el punto de vista fonético como ortográfico, cuestión que desarrollará más adelante.

Invoca entonces la inspiración divina, sobre la que insistirá más tarde, para exponer el significado del nombre Tetragrámaton, cuya hermenéutica es aplicada primero a los caracteres hebraicos con que está escrito y después los traduce en latinos, revelando la significación trinitaria de los anagramas IHS y XPS.

La exposición teológica de la Trinidad comienza por su similitud con un triángulo equilátero o por compararla con tres pliegues hechos a un pañuelo.

Terminada esta declaración, Arnau atribuye al despertar de los sentidos ocultos la paulatina comprensión de los aspectos escondidos de las Escrituras, incluidos los proféticos, como la proximidad del fin del mundo.

Hace gala, como de paso, de sus conocimientos médicos y profundamente herméticos, al describir el ciclo fisiológico de la generación y de la regeneración.

Entrando de lleno en el misterio de la Encarnación divina, describe la unión del cielo y la tierra en un lugar preciso que compara al nudo o vértice que une los dos lados de un gnomón.

Nos describe también con precisión las cualidades del Espíritu Santo, que define como la fuerza del Amor entre el Padre y el Hijo.

A pesar de su estilo seguramente influido por la escolástica, corriente de pensamiento tan en boga en aquellos tiempos, se halla repleto de razonamientos silogísticos, además de múltiples reiteraciones, la originalidad del texto que propone temas tan sugerentes, hace que diste mucho de agotar el interés del lector.

[illegible]

Allocutio super Tetragrámaton

Empieza la alocución sobre el significado del nombre Tetragrámaton tanto en lengua hebrea como latina y, sobre la declaración del misterio de la Santísima Trinidad con signos y razonamientos.

Frecuentemente me ha afectado, carísimo padre, la semilla de la lengua hebrea que sembró en el pequeño jardín de mi corazón el celo de la religión de fray Ramón Martí[3], que me

3. Fray Ramón Martí, de la orden de Predicadores, autor del *Pugio fidei* en 1278, fue discípulo de san Alberto Magno y fundador de varias escuelas de árabe y hebreo en el norte de África y en España, especialmente en Barcelona, donde nuestro autor recibió sus valiosas lecciones.

ha aprovechado no sólo a mí, sino también a otros fieles para la salvación eterna. Pero pensando a menudo cómo el conocimiento de esta lengua podría dar frutos para la congregación de los fieles, siendo la base de la edificación católica, igualmente iluminando y confirmando en el alma de los creyentes su fe en aquellas cosas que predica la lección evangélica, descubrí cuán adecuadamente enseña y manifiesta esto su gloriosa obra, la cual creo firmemente fue inspirada por el hálito divino a través del ministerio del antedicho varón, que contiene muchos y claros testimonios a favor de los artículos de nuestra fe, que estuvieron ocultos hasta ahora en la verdad hebraica.

Sin embargo, para que esto sea posible, es necesaria la integridad de los segadores y la diligencia de los sirvientes que, permaneciendo en el campo, procuren recolectar las espigas y atadas en gavillas, las amontonen en la era.

Yo, del mismo modo, no como segador sino como hijo de segadores, bruto e indiscreto, pero a pesar de todo con el celo de la fe y el deseo de ocupar el alma con la elocuencia del conocimiento divino, estudiando atentamente el campo del Antiguo Testamento, lo examiné cuidadosamente, por fin en hebreo, por si por casualidad la espiga de la instrucción celestial se me ofreciera y pudiera recolectarla para añadirla modestamente al montón de la de los patriarcas y, en efecto, supe cuán feliz es aquel que medita día y noche sobre la Ley de Dios y que también dará fruto a su debido tiempo.

Le complació al doctor eterno, no pienso que por mis méritos, sino más bien por el mérito del celo que he llamado religioso, introducirme en la lengua hebrea para ser mostrada a mi consideración la inquietud de investigar lo que el nombre Tetragrámaton, que tan a menudo se lee en el texto

hebraico del Antiguo Testamento, significa para el alma de los fieles.

Es evidente que en las obras de Dios no hay nada inútil, y siendo realizadas en particular por sus elegidos, es necesario que figuren escritas, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento en su lengua original, principalmente en hebreo, en griego y en latín.

Está demostrado que las palabras sagradas, que a modo de rótulo estaban fijadas en la cruz sobre la cabeza del Salvador, fueron escritas en esas tres lenguas. Dicho rótulo contiene el texto de la Sagrada Escritura referente al misterio de Dios encarnado y crucificado y los pueblos escriben este rótulo en la cruz, sobre la cabeza del Salvador, cada vez que creen en los testimonios contenidos en el sagrado texto de la pasión de Cristo, que procede de la misma divinidad y que justifica su infinita bondad desbordante de amor divino.

Recordé que cuando la Sabiduría de Dios conduce con su mano la inteligencia de un hombre a través de las cosas visibles y algunas sensibles y, puesto que dicha inteligencia se halla mezclada con la fantasmagoría de las cosas invisibles e insensibles, es necesario que todo lo discernido por los sentidos de ese hombre figure en la Sagrada Escritura, en cada una de las lenguas y los alfabetos en que el autor hubiera escrito, para información del entendimiento, al que resulta inaccesible si su corazón permanece cegado a la obra de Dios, especialmente esa obra de la expresión del pensamiento sagrado que fue divulgada por Él mismo para nuestra instrucción.

Habida cuenta que es necesario que la obra tienda a un fin, hacia el cual el autor sapientísimo la dirige, la Sagrada Escritura, en cualquiera de las lenguas en que se plasma,

debe contener, indudablemente, una sensibilidad especial, permitida por la Sabiduría de Dios e incluida en el texto para instrucción de los hombres, que se hace más evidente por medio de la forma de las letras o su orden, distinción, cantidad en la dicción, o bien, su situación o número, cuanto más escogidos sean (dichos hombres), todo lo cual digo a propósito de su significado espiritual.

Al no existir ninguna virtud igual ni más poderosa que la divina, es imposible que sus obras se mezclen con cualquier virtud ajena, a menos que la Sabiduría lo tolere, para enseñarnos nuestro misterio, y así en cada una de las lenguas en que se encuentra plasmada la Sagrada Escritura es necesaria la existencia de algún detalle estimulante, para que toda inteligencia sana pueda creer firmemente en que las letras del alfabeto son la primera semilla de las Escrituras, concedida por Dios o dispuesta por él. Además, ordenando la más pequeña parte de la obra hacia el fin al cual su Sabiduría dirige toda la obra, es necesario que cada una de las letras o suplementos de ellas signifique para nosotros alguna verdad espiritual.

Confirma el antedicho argumento la expresión sagrada que dice: «Ni una iota ni una tilde pasará de la Ley hasta que todo se haya cumplido» (Mt 5, 18). La *iota* es, sin duda, la menor de las letras griegas, que corresponde a la hebrea *yod* y a la latina *i*, pero las tildes, tanto en el alfabeto árabe como en el hebreo, son puntos que a veces sustituyen a las letras o las vocalizan, según estén colocadas encima, debajo o entre ellas. En hebreo se utilizan constantemente porque su alfabeto carece de vocales. En griego, sin embargo, abundan y por esto su pronunciación contiene muchos diptongos. El latín se mantiene en un término medio.

Así pues, en la autoridad antedicha[4] se insinúa claramente que toda letra o ápice contenidos en la Sagrada Escritura, por pequeños que sean, significan alguna cosa de los misterios divinos, que deben cumplirse antes del fin del mundo. La Escritura no sólo da testimonio de que las letras son signos de la obra de Dios, sino también de que son signos de la dignidad en Dios y a propósito de esto dice el Apocalipsis: «Yo soy el Alfa y la Omega» (Ap 1, 8). Luego, de lo predicho se puede afirmar que el nombre Tetragrámaton que Dios utiliza como uno de los signos destinados especialmente a la instrucción del género humano, contiene algo divino. Esto es también lo que manifiesta Moisés cuando dice: «Pero por mi nombre Adonai no me di a conocer a ellos» (Éx 6, 3) y donde entendemos *Adonai*, en hebreo está escrito el nombre Tetragrámaton, que contiene cuatro letras: *yod, he, vav, he* y sus equivalentes latinas que son: *i, h, v, h*. Así pues, habiendo dicho Dios que no había dado a conocer su nombre al pueblo antiguo y que en el nombre no pueden existir más de dos revelaciones, es decir, la que depende del cuerpo físico de la expresión, sus letras y el orden en que se integran en el nombre y la que depende de su significado inteligible, se necesita que la palabra de Dios pueda estudiarse, tanto letra por letra como comprendiendo el significado del nombre.

Pero el cuerpo físico del nombre que nos ocupa, es decir, el Tetragrámaton, fue escrito para todos, incluso para el pueblo réprobo de los judíos que, leyendo la Escritura, no pue-

4. Cf. Mt 5, 18.

den descubrir su significado porque tienen sobre ella una opinión de soñadores y defienden que, tratándose de una invención del Dios Único para expresar su excelencia, este nombre se refiere únicamente a la esencia divina; existiendo un Dios Único perfecto, conocedor de sí mismo y de todas las cosas, piensan racionalmente que sólo Él mismo supo encontrar entre las voces más apropiadas el signo que expresa el significado que concuerda únicamente con su esencia.

Por esto, al tratarse del significado más excelente de todos, dicen que ninguna criatura es digna de pronunciarlo y en su lugar leen *Adonai*, que se traduce como *Señor*. Y por la misma razón, cada vez que en un códice sagrado figura escrito ese nombre, permanecen en pie, pues aseguran que tomar asiento sería como devolver a Dios las obras de la hipocresía semejantes a flores mustias y no las de la justicia, semejantes al fruto de la obediencia espiritual.

Por consiguiente, cuando Dios dice: «Por mi nombre Adonai no me di a conocer a ellos» (Éx 6, 3), afirma que este nombre le pertenece en particular y que no se insertó únicamente para instruir al pueblo fiel sobre aquella excelentísima verdad que se halla sólo en Dios. Yo, apasionadamente escogí conocer lo que este nombre significa en particular.

Los judíos no conciben la idea de poder comprender bien este nombre por dos razones: la primera porque la misma Escritura testifica que no está publicado para ellos[5] y [la segunda], porque sus ojos fueron oscurecidos para que no pudieran ver, su corazón fue cegado y sus oídos tapados para

5. Cf. Éx 6, 3.

que, oyendo las palabras de la Sagrada Escritura, no las entendieran: «Para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta y etc.» (Is 6, 10).

Y de nuevo, por el testimonio del mismo Isaías,[6] sé que la visión de todas las profecías escritas en código sagrado, es como la visión de un libro sellado y si los que son conscientes de conocer las letras saben que las contenidas allí permanecen selladas y cerradas, resulta aún más difícil su comprensión para aquellos que desconocen el sentido de las letras.

Además, por el testimonio de Daniel[7] sé que las palabras sagradas selladas y cerradas no son comprendidas por los impíos, esto, no sólo por lo que se refiere a la expresión del pensamiento sagrado, sino también a las letras del alfabeto hebreo, con que la Sabiduría divina ordenó que fueran escritas y que es única, ya que muchas locuciones carecen de vocales y sin ellas no se puede formar ninguna voz significativa.

Es imposible, pues, que una voz significativa sea formada satisfactoriamente por los órganos naturales sin participación de vocales, pues aunque dichos órganos naturales poseen gran cantidad de registros, sin las vocales colocadas entre las letras, ni el pueblo judío podría, con sus facultades humanas, hacer comprensibles las palabras sagradas y así, igual que en otras tradiciones, la Escritura hebrea reclama el suplemento de la pronunciación de vocales para la formación de sus expresiones, y también necesita la luz de otros pueblos para la comprensión de las expresiones divinas.

6. Cf. Is 29, 11.
7. Cf. Dan 12, 9-10.

Los doctores (del pueblo hebreo), para solucionar su falta de vocales, añaden puntos y ápices con que ordenar sus palabras y para que su claro significado se acomode al Antiguo Testamento.

Sin embargo y, además de éstos, existen en todos los códices de los libros sagrados otros signos; como por ejemplo, los títulos de libros en lengua hebrea, como los Salmos, que se escriben con tinta negra, y la negrura simboliza las tinieblas de la ignorancia. En cambio, en otras tradiciones, los títulos de los libros sagrados se escriben con tinta roja, simbolizando a Titán[8], que es el Sol y la luz de la comprensión, pues el negro pertenece al eclipse solar, por lo que Jeremías dijo: «El sol se puso aún siendo de día» (Jer 15, 9), y Amós: «Haré que para vosotros se ponga el sol a mediodía» (Am 8, 9).

Incluso los iletrados pueden examinar en los signos claros aquellas cosas que sobre el Antiguo Testamento no son comprensibles para los judíos, cuando sus espíritus terrenales carecen de la iluminación de los verdaderos rayos de sol de su tierra. Ellos mismos confiesan esta verdad, es decir, que desconocen la totalidad de los nombres sagrados.

Pensé, por esta razón, interrogar a los fieles, pues considerando que para ellos los títulos de los libros resplandecen en rojo, es evidente que si examinamos cuidadosamente sus textos, veremos que ofrecen la luz del sol de la comprensión

8. Se trata del color rojo anaranjado del Sol, hijo de uno de los titanes, según la mitología griega. Cf. Pierre Grimal. *Diccionario de Mitología*. Ed. Paidós. Barcelona 1981, p. 235, definición del sustantivo «Helio».

de las Escrituras, por el mérito y la pasión del Señor, como sólo es capaz de hacer el león de la Tribu de Judá, que vence por medio de la pasión, efundiendo un licor rojo para escribir, capaz de abrir los sellos del libro cerrado.[9]

Nadie puede entrar en el sepulcro de las expresiones de Dios, es decir, allí donde está situado el cuerpo completo del misterio de nuestra salvación, si no es a través de la puerta del monumento sepulcral[10] de la letra del texto sagrado, cuya piedra de entrada, como un callo que espesa la comprensión,[11] es removida por los ángeles.[12]

Sin embargo, el mismo Dios es quien cierra la puerta del monumento sepulcral y nadie la puede abrir, excepto él mismo, pues dijo: «Sin mí nada podéis» (Jn 15, 5) y nadie puede abrir la comprensión cerrada de las Escrituras si el mismo Dios no lo permite.

Es evidente que fieles son aquellos a quienes (Dios) abre el sentido que permite comprender las Escrituras y sobre los cuales también envía el espíritu que enseña toda verdad y explica el significado, no sólo del Antiguo Testamento, sino del Nuevo

9. La intención alquímica de nuestro autor, religada a la cábala hebrea, se hace aquí evidente.
10. En latín *monumentum* significa «testimonio escrito, documento, pero también, monumento sepulcral». Además, se trata de un participio del verbo *moneo* que significa «recordar algo». Observamos la variada intención de nuestro autor al escoger esta palabra.
11. Cf. J.M. d'Ansembourg. «Calus du Cœur». Aparecido en la revista *Le Fil d'Ariane*, nº 3. Bruselas 1978, y traducido al castellano en la revista *La Puerta*, nº 18, pp. 19-25, bajo el título «El callo del Corazón».
12. Cf. Jn 20, 11-12.

como sabemos por el testimonio de Isaías: «Entonces mi pueblo conocerá mi nombre porque yo mismo le hablaré» (Is 52, 6); le hablaré a través de las profecías y... «he aquí yo estoy presente» (ibid.), estoy presente en la carne.

¿Acaso pues no debería yo preguntar a los fieles griegos y latinos a propósito de estas cosas? Rechacé la enseñanza de las Escrituras en griego[13] por tres razones. En primer lugar porque era muy difícil para mí tomar conciencia de la Sabiduría expresada por ellos[14]. En segundo lugar, porque a mi parecer, no se preocupan de profundizar el estudio del hebreo. En tercer lugar porque prefirieron ignorar el sentido de los pasajes de la fe católica.

La sobredicha diferencia en la escritura de los mismos prefigura muy convenientemente el error de su desmesura, que consiste en añadir muchas vocales al texto griego, hecho que indica claramente que las Sagradas Escrituras eran incomprensibles para ellos, pues el objeto final de las mismas, es decir, el tener conocimiento de Cristo, es la meta de la Ley, para Santidad de todo creyente.

Abundando pues sobre los diptongos que producen cacosíteton, por hiato,[15] abren la boca en exceso para descri-

13. Probablemente hace referencia a la Biblia griega o traducida al griego por setenta intérpretes, que se ha dado en llamar Biblia de los Setenta.
14. Es conocido que nuestro autor sólo poseía nociones de la lengua griega.
15. Del adjetivo latino *hiatus*: apertura excesiva de la boca, grieta, acción de abrir o hiato, que en castellano significa sonido desagradable resultante de la repetición de vocales.

bir la verdad de las Escrituras y el ruido de sus opiniones superfluas los hace fastidiosos a los oídos de Dios, separando por hiato sus mandíbulas de la cabeza.

Sin embargo, la Iglesia católica latina conserva el medio y así enseña que en la fe, ninguna cosa, por superflua o pequeña que parezca, debe ser ignorada; sin embargo, recuerdo que pude encontrar entre los latinos a quienes me introdujeran en el conocimiento del significado del nombre aún antedicho, sin conocer la lengua hebrea.

Viéndome pues solo, me uní a todos los ignorantes discípulos para acudir al maestro que dice de sí mismo: «Uno es vuestro maestro» (Mt 23, 8) y confié en obtener la gracia de la iluminación sobre lo requerido en el preámbulo, a propósito de dos asuntos, el primero de los cuales es que en mi investigación siempre estuvo presente la idea de que la verdad estaba oculta en las criaturas y es por esta razón por lo que, después de que él mismo juzgara conveniente mirarme, ninguna de las cosas que pregunté sobre la verdad me fue ocultada como antes cuando quería, con mi propia inteligencia, descubrir lo que reposaba bajo los hallazgos de otros. Así, habiéndome mirado el Señor con misericordia, lo examiné claramente en mi alma y en lo sucesivo no se separó de mis ojos, pues cualquier cosa que veo corporalmente, se me hace presente con el ojo del alma y así, unido a su inexpugnable verdad por el rayo de su presencia, cada una de las, hasta entonces, predichas investigaciones, me fue desvelada solamente para su gloria.

En segundo lugar, es a causa de la liberalidad de su concesión que dice: «Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá» (Mt 7, 7). Así pues, aunque no fuera con la devoción debida, busqué, pedí y llamé y abierta la puerta, encontré lo que buscaba, recibiendo mucho más aún.

Encontré primero que el antedicho nombre se escribe con letras hebraicas y con letras latinas y expresa exclusivamente el misterio de la Santísima Trinidad.

En Dios el Principio aspira sin principio y a su vez, el principio aspira del principio.

Cuando se trata de expresar el misterio de la Sabiduría divina no existe ninguna diferencia entre las letras hebraicas y latinas, pues [ella] se adapta a los distintos pueblos. La verdad de esta cuestión se manifestará a cualquier fiel que se remita a los hechos mencionados, el primero de los cuales es que Dios, a través de lo sensible, enseña a reconocer aquellas cosas que caen bajo la inteligencia. El segundo es que el signo no significa nada para la inteligencia, pero mediante ella aprendemos el sentido del mismo signo, así pues, aquello que guía la comprensión humana desde las cosas inteligibles hasta el primer signo, es necesario que se ofrezca al sentido en aquel signo. De otro modo es inútil ya que no se puede presentar el significado del sentido a alguien que está fuera del sentido. Se medita en vano sobre las obras de Dios cuando se desconocen.

El tercero es que aparte de las letras que componen el antedicho nombre, nada hay que se ofrezca al sentido sino la integridad y la esencia del nombre que se percibe por el oído (al escuchar su lectura) y se lee en la Escritura (al ver la letra). Es necesario, pues, deducir de esto que todo lo que el antedicho nombre significa está contenido íntegramente en sus letras. Pero ninguna otra cosa significa en sí, sino la que debe significar. Luego, entonces, es necesario que las letras utilizadas por Dios para expresar aquel nombre se refieran a Él.

Es cierto también que en la letra convergen tres características, como dice el gramático cuando por ejemplo trata, al igual que otros autores, sobre sueños espirituales y divinos y como yo mismo recuerdo haber escrito en un libro más completo que éste sobre la semilla de las Escrituras. Las tres características son: figura, facultad y orden. Figura en escrito, facultad en la dicción o sílaba y orden en el alfabeto y en la dicción o sílaba.

Siendo la lengua hebrea más antigua que la latina, contemplaremos primero, en relación con la Sagrada Escritura, las figuras de las letras con que los hebreos escribieron aquel nombre; a saber: יהוה, es decir, *yod*, *he*, *vav*, *he*, escritas en este orden, sin intercalar puntos entre ellas para que estén lo más cerca posible una de otra y formar el nombre Tetragrámaton, empezando por la letra *yod*, que en יהוה es la primera que se pronuncia, puesto que según la costumbre hebraica, la lectura se hace de derecha a izquierda.

Si observamos, pues, la primera letra de esta expresión, es decir, la *yod*, encontramos que en su figura se dibuja o se forma como un punto que se prolonga un poquito hacia abajo. Su función gramatical es de vocal y nunca se convierte en consonante. Es la décima en el orden alfabético, pero en esta expresión es la primera. Por consiguiente, en relación con su figura, siempre se considera como el principio y también como aquello que empieza y no tiene comienzo, pues el punto que le da origen es como el principio, pero a causa de su prolongación, se ve con claridad que no es el principio en cuanto a materia y forma, aunque la virtud emane de su principio productor.

En relación a su facultad, se considera como un sonido *per se*. Su número de orden en el alfabeto indica que el tiempo del pueblo [hebreo] antiguo debía ser de diez veces cien

años, ya que el número que corresponde a cada letra indica un número de siglos, como ya quedó expuesto en el libro de la semilla de las Escrituras mencionado aunque, en cuanto a este orden, nada significa, pero del orden que tiene en esta dicción, la primera consideración es que es perfectamente pronunciable; la segunda es que al ser pronunciable es concebida por la inteligencia, pero lo que la inteligencia concibe en primer lugar es a sí misma.

Volviendo de nuevo, pues, a las cosas antedichas encontramos que la *yod* significa que Dios es el principio sin principio que principia, que tiene sonido *per se* y que es el primero concebible a sí mismo.

La *he*, en uno de los lados de su figura presenta como un ángulo anudado que contiene el principio de los principios. Es como un gnomón con los lados iguales y su ángulo anudado, que concuerda con el punto existente en la parte superior de la *yod*. Su facultad, por lo que se refiere a la pronunciación, es el sonido del simple acto de aspirar. Es la quinta letra del alfabeto, por lo que corresponde al quinto centenario, pero en el nombre Tetragrámaton sigue a la *yod*. A causa del número de orden que ocupa en esta expresión, se deduce que al ser un simple acto de aspiración y que este acto procede de su agente inmediatamente anterior (es decir la *yod*), simboliza a su vez el principio y, como el principio aspira del principio,[16] la letra que sigue al principio es una letra aspirada. Luego, de todo ello se deduce que la *he* significa que existe en ella un ángulo anudado por Dios que liga

16. Cf. p. 13 de nuestra edición, a propósito de la expresión del propio Arnau de Vilanova que dice: «El principio aspira sin principio y a su vez, el principio aspira del principio».

indisolublemente dos lados iguales[17] y que contiene el principio de los principios en un simple acto de aspirar.

También la *vav*, en relación con su figura representa el principio que adquiere su origen del principio, porque sin duda, el principio *per se* o con la *yod* es el principio de todas las letras del alfabeto hebraico, como se pone de manifiesto sutilmente, al mirarla con atención: El principio sale del principio porque esta letra está formada por una línea que surge de un punto, como si la *yod* se duplicara y la línea se realizara con dos *yod* unidas en forma de clavo. Pero su facultad, en cuanto a su pronunciación en esta expresión es de vocal y de consonante, pues para los hebreos a veces es vocal y a veces se convierte en consonante. Su número de orden en esta expresión solamente se contempla aquí a propósito de lo que acabamos de decir sobre el principio, no sobre el tiempo que es doble,[18] primero porque en Dios no existe ninguna prioridad o posterioridad y segundo, porque Dios no está sometido al tiempo. Son, pues, las letras que la acompañan las que, según se trate, adquieren uno u otro sentido.

17. «Dos lados iguales unidos por un ángulo anudado». E. d'Hooghvorst comentó lo siguiente a propósito de esta metáfora: «Existen dos Sabidurías: la de arriba y la de abajo. La de arriba necesita la de abajo para hablar, es el pensamiento cósmico que no se expresa cuando está solo. La de abajo es la Sabiduría del hombre que necesita la de arriba para pensar, pues abandonada a sí misma sólo es astucia. Cuando se unen hablan, no en la plaza pública, sino "ampliamente" y esto es la fiesta de Navidad, el nudo, el lazo entre las dos Sabidurías. Navidad (en francés *Noël*) derivaría de la palabra nudo (en francés *noeud*). En Navidad se anuda el cielo y la tierra.»
18. La letra *vav* tiene una facultad conversiva cuando inicia un tiempo verbal, pues convierte el pasado en futuro y viceversa.

Así, si convenimos que en Dios existe el principio sin principio, es necesario conceder que el principio del principio es coeterno e igual a él, de lo que se deduce que, como ya hemos dicho antes, el principio no ha sido iniciado, es decir que es inteligente y siempre concibe, pero si siempre se fecunda a sí mismo en su totalidad, siempre es concebido en su totalidad y así es a la vez el que concibe y lo concebido. Si eternamente es concebido y eternamente concibe, todo se concibe a través de aquel que es totalmente concebido.

Además y puesto que no concibe otra cosa que su propia naturaleza y esencia, y puesto que la esencia y la naturaleza concebidas son iguales al que concibe, es necesario que sean iguales en su ser y su naturaleza y, siendo iguales, ya que ninguna otra cosa concibe sino su naturaleza y esencia y siendo concebida la naturaleza y esencia por el que concibe, es necesario que el mismo sea igual en ser y naturaleza y de nuevo también completamente igual, porque todo está en el que concibe y en lo concebido.

De la misma manera, sin embargo, es necesario que sea otro distinto a sí mismo, porque una es la razón del que concibe y otra la de lo concebido.

Luego, si Dios posee en sí la razón del que concibe y de lo concebido, también posee estas dos razones: la accidental[19] y la sustancial. Pero la accidental es absurda, puesto que en Dios no existe en absoluto ninguna composición; luego, la sustancial es indivisible y completamente simple y cual-

19. En latín, el participio sustantivado *accidens*, es decir accidente, indica una oposición a la sustancia y se refiere a una manera de ser no esencial. Cf. *Dic. Etim. Latino-Español* de Santiago Segura.

quier cosa que se aplique a su sustancia es o bien añadida, o bien procede de la naturaleza.

Concediendo que en Dios, el que concibe y lo concebido son completamente de la misma naturaleza y esencia, es necesario que en Dios el que concibe y lo concebido sean aspectos distintos de Él mismo.

Esto no es difícil de suponer ni discordante para la inteligencia e indica que aquella esencia simplísima e indivisible, toda ella, se comunica a los distintos aspectos.

Está, pues, todo en uno, bajo el aspecto de la concepción y todo en otro, bajo el aspecto de lo concebido, pero lo que impide a nuestra inteligencia la aprehensión de esta verdad es su ocupación en las esencias creadas y principalmente materiales, que le son más afines que las inmateriales.

Nuestra inteligencia percibe el ser que existe en participación en la materia de la naturaleza común, como si fueran realidades de la misma naturaleza, iguales entre sí, de la misma manera que muchos huevos y muchas semillas de mil especies diferentes poseen una naturaleza común, no entendiendo que cada huevo es independiente de los demás, aunque posean una naturaleza común.

Además de esto, comprendo que aquella naturaleza común existe en todos y así, aunque tres huevos, o bien, tres hombres sean independientes uno de otro, poseen una misma naturaleza común, aunque sea de huevo o humana, pero aquí no tratamos en absoluto de un solo huevo o de un solo hombre, sino de tres huevos o tres hombres.

Instruido por tal consideración, cuando se convierte en [naturaleza] divina, me parece estúpido creer que la naturaleza de la divinidad sea contada entre las personas y los seres sometidos a Él, ya que, aunque existan muchos seres, no se

encuentra en ellos otra naturaleza que la divina de un solo Dios, que cuando se haya despojado del velo y se haya sacudido el polvo de la esencia material, para alejarla completamente de sí, juzgando con su esencia divina, es decir, considerando lo que difiere completamente de esa [esencia material], no desdeña compartir la antedicha verdad.

Existe tal diferencia manifiesta entre ambas porque la material no es simple, sino que se compone de materia y naturaleza o forma común, participada en ella y por esta razón, ya que por la división de la materia la naturaleza común es dividida en muchos modelos, no existe como unidad en ninguno de ellos y por esto es completamente falso decir que tres hombres son un hombre único y así tal expresión no es comprensible más que según cómo, es decir, según cómo comunica con la naturaleza única del esplendor, pues en los modelos divinos, la naturaleza común, que es la misma divinidad, es toda esencia y es simplísima e indivisible, por lo que está completa en cualquier lugar donde se encuentre; captar esto, no es más difícil para el intelecto que captar que el alma completa vive en alguna parte de su cuerpo, sino por el contrario, mucho menos difícil si se considera la excelencia de la divinidad. Por esto, todos (los modelos divinos) son uno en número, es decir, único e igual a Dios es el Señor, aunque posea otra naturaleza o esencia, porque si su naturaleza material es completamente separada o simple, el modelo que adopta tiene el poder en sí mismo para multiplicarse, pero esto no lo puede hacer ninguna virtud, fuera de la virtud infinita.

Pero en el nombre que nos ocupa, la *he* que sigue a la *vav* significa en relación a la *vav* lo mismo que la *he* que sigue a la *yod* en relación con la *yod*. Luego, cuando se explica el significado de las vocales del nombre Tetragrámaton según

la escritura hebraica, es en su más elevado sentido: que en Dios existe el principio sin principio que inicia y que tiene sonido *per se* y a sí mismo, y en el acto de aspirar une con un ángulo anudado, o bien, con un nudo indisoluble, dos lados iguales, en el cual, digo, existe el principio coeterno del principio que siempre forma parte de él mismo y quien aspira es el ángulo anudado, o sea, él mismo.

El nombre de la Santísima Trinidad escrito en latín significa lo mismo que el nombre Tetragrámaton, y ahí, las letras latinas y las hebreas de ambos nombres son equivalentes. Pero difieren en la figura y en la facultad de las partes y la Sabiduría divina lo quiso así, porque los signos que usa para instruir la inteligencia de sus elegidos no sólo significan una cosa de principal importancia, sino también muchas cosas añadidas, según la diversidad de tiempos y de pueblos. Así, el misterio expresado por Dios a los hijos del Antiguo Testamento en forma de rollo, lo expresó a los hijos del Nuevo Testamento en forma de libro; de la misma manera, por ejemplo, el misterio de la zarza para unos significa lo mismo que el misterio del vellocino para otros, y así para todos los demás signos.

Dios no puede equivocarse y por esto sus signos conservan tal propiedad que siempre conviene a tiempos y personas distintas, por lo que ordenó con este propósito que se escribiera el mencionado nombre con unos signos concretos para los hebreos y otros para los latinos, y que en ellos quedara suficientemente representado el conocimiento y la fe, en que se diferencian o se habían diferenciado en el pasado ambos pueblos.

Considerando esto con devoción y diligencia, claramente expondré lo siguiente: las letras del Tetragrámaton equi-

valentes en latín son *i, h, v, h*, pero el inicio de la escritura hebrea se opone al inicio de la escritura latina, lo que fue ordenado por la Sabiduría de Dios para dar a conocer el procedimiento espiritual al pueblo. El pueblo hebreo empieza la escritura por la derecha simbolizando la aceptación de la Ley divina y del culto a Dios y no por la izquierda, que se puso delante para negarlo y para no acercarse a las leyes del mismo, como se expresa en 2 Cor 15: «Muchos días estarán sin el Dios verdadero, hasta el fin del mundo.»[20]

Pero los pueblos latino y griego empiezan la escritura por la izquierda, es decir, por el culto de los ídolos, pero finalmente llegan al culto de Dios y a la percepción del reino celestial.

La primera letra del antedicho nombre es la *i* que es un poco más pequeña que las demás letras latinas, como lo es la *yod* para el alfabeto hebreo. Pero posee tanta virtud que puede ser el principio de las demás letras, si se configura de modo conveniente. Pero de ninguna otra toma origen. La misma, o bien *per se*, o bien con la letra omega puede formar otras letras latinas o griegas, como la alfa (A) que contiene un triángulo equilátero compuesto por tres íes configurando tres ángulos. Composiciones similares son fáciles de observar y ver de dónde toman su origen. Y de este modo es cierto que tiene aspecto de principio sin principio, por lo que se refiere a las letras.

Pero enseguida debe ser advertida una diferencia, ya que esta letra que significa el principio fue dada a los hebreos en forma de punto y para ellos siempre es una vocal, puesto que

20. Cf. 2 Cr 15, 3.

es pronunciable como parte la dicción. A los latinos, les fue dada claramente en forma de línea recta que usan como vocal y como consonante.

Aquel pueblo hebreo réprobo, sin embargo, ni pensó, ni nunca quiso decir que el principio sin principio tuviere en sí una capacidad de prolongación por el acto de originar otra persona dentro de sí. No obstante, reconocen bien que de ella sale un pequeño trazo por un acto de creación. Asimismo [el réprobo pueblo hebreo] se negó a creer que la naturaleza divina hubiera estado alguna vez unida a la corporal.

La naturaleza corporal es muda porque nunca produce *per se* sonido de vida alguno o de operación del que confiere la vida a perpetuidad. Pero la naturaleza espiritual, principalmente increada, produce *per se* la obra de la vida. Luego, consonante es aquella sustancia que participa de ambas naturalezas.

Los latinos, pero, debían conocer y debían decir que el principio sin principio se extendía en sí mismo por el acto de originar, como ya ha sido expuesto más arriba. Y además, también que la naturaleza de aquel principio que es naturaleza de vocal pasara a ser consonante, uniéndose a la muda, es decir, a la naturaleza corporal del género humano; Dios Padre no se unió a ella, sin embargo unió toda la naturaleza humana en sí en la persona de su Hijo, permitiendo de este modo que toda la naturaleza humana se uniera a la divina, aunque la naturaleza divina no la asumiere sino en la persona de su Hijo.

Luego, así, es evidente por qué en relación con el recto misterio de la antedicha letra, Dios quiso que fuera diferente en su figura y función, en hebreo y en latín.

La letra siguiente, es decir, la *h* para los latinos, sólo es un signo de aspiración y su función se reduce, pues, a un simple acto de aspirar; por lo que, por esto y por su orden

en esta dicción, equivale a la letra [ה] usada en hebreo. Pero difieren en la figura, porque aquella, como se ha dicho, tiene forma de gnomón que posee el ángulo anudado como la *yod* en su extremo superior. Pero esa [letra] nuestra tiene forma de media horca con una sola asta y si [nuestra letra] se dibuja correctamente, desciende una línea perpendicular hasta tocar la parte superior de un semicírculo o arco.

Conviniendo a Dios que el Espíritu Santo ejerciera dos funciones iguales, es decir, una en la persona de amor y otra en la naturaleza, hizo reunir dos lados iguales en un nudo,[21] pero esto es un asunto cerrado para los hebreos, que no le ven otro sentido que el principio sin principio está contenido en la naturaleza del Espíritu Santo, que según su argumento es la jerarquía superior de la comunidad.

A propósito de esto, debe decirse que para ellos la *yod* puede adherirse, tanto en el lado superior de la línea recta, como en el lado inferior.[22] Pero los latinos debían saber que el Espíritu Santo, como recta perpendicular y de amor divino, debía descender para tocar la parte superior de la parte humana curvada, es decir, la naturaleza espiritual del género humano que fue encorvada por el pecado de nuestros primeros padres, repercutiendo de muchas maneras [sobre el hombre].

En primer lugar, el pecado que produjo la caída de nuestros primeros padres, infectó el cuerpo, y de la infección del cuerpo salió contagiado el espíritu, dando lugar a la manera

21. Cf. nota 17.
22. La letra *yod* sirve también para formar otras letras, como por ejemplo la *alef* (א), que se compone, como puede verse gráficamente, de dos yod (י), una arriba y otra abajo, unidas por una línea oblicua.

de ser humana. En segundo lugar, la joroba repercutió en la naturaleza humana.

De hecho, el cuerpo humano fue hecho de esperma y sangre y del cuerpo humano se hizo el cieno y del cieno, la humedad apta para la vegetación. De tal humedad se hizo la planta, de la que surgió el fruto y de él, el alimento y del alimento, la nutrición y de la nutrición, la sangre y de la sangre, rocío y del rocío, el cambio y del cambio, esperma[23] y así volvió a la especie con que había comenzado [antes de la caída].

De la misma manera que la impotencia de los miembros de un cuerpo infantil retorna de nuevo en la vejez, asimismo el espíritu empieza por la falta de discernimiento y por el conocimiento de las cosas sensibles, que se transforma después en discernimiento y comprensión de las cosas inteligibles, para finalmente decaer en la vejez, con delirios y fantasías, quedando así encorvado, a no ser que su joroba se enderece al contacto con la Gracia y la virtud del Espíritu Santo, cuando toca las almas de los fieles.

El descenso del Espíritu Santo es para los latinos como la horca con una sola asta del mismo Dios, que deja al descubierto el grano de sus elegidos y lo separa de la paja de los réprobos. Pero la otra asta de la horca con que Dios aventa el género humano, es su propio Hijo.

23. Esta última parte del proceso vital relatado por Arnau de Vilanova, se ajusta perfectamente al descrito por Louis Cattiaux en su MR XXII, 20, que dice: «Veremos el esperma aparecer y crecer como el rocío de la mañana y veremos el germen encarnarse en su pureza y cambiarla en su propia naturaleza fija y perfecta.»

La letra *v* siguiente tomó su origen de la *i*, porque si unimos dos íes por su parte inferior, aparece una *v*[24] correctamente formada. De nuevo [vemos] que también la *i* puede ser el principio de letras como la *v*, por lo que correctamente su figura tiene categoría de principio de los principios como la *vav*. Pero [los hebreos] difieren de ello porque la *vav* es una figura en la cual no aparece la distinción de aquellos principios, como cuando se trata de dos *yod* unidas. Significando manifiestamente que para los hebreos la distinción de aquellos [principios] es desconocida y oculta; pero la letra *v*, en la cual se discierne manifiestamente cómo los sentidos surgen por separado de su principio, significa el conocimiento y la fe resplandeciente de los latinos, habituados a la distinción de los predichos principios.

Dado que en el tiempo del Antiguo Testamento el Hi-jo existía solamente en el seno del Padre, permanecía oculto a los fieles, pero en el tiempo del Nuevo Testamento, por medio de la asunción de la carne, apareció de manera palpable.

Pero la *vav* y la *v* concuerdan en su facultad.

Por lo que respecta a todos aquellos del pueblo hebraico y del latino que tuvieron noticia del Hijo de Dios, todos ellos, digo, reconocen que antes de la Encarnación, había existido en naturaleza *per se* como Viviente, es decir (en natu-

24. La hermenéutica de Arnau sobre la composición de las letras es paralela a la de Emmanuel d'Hooghvorst, cuando describe por ejemplo la letra N como dos triángulos unidos, pero uno de ellos tiene su vértice arriba y el otro abajo, comparándolo con la estrella de David, es decir ✡; que simboliza la unión del cielo y la tierra.

raleza) espiritual y divina. Pero después se unió a la naturaleza corporal antedicha, así que primero tomó nombre como vocal y después como consonante. Y a causa de esto, no sólo se transformó en consonante en cuanto a naturaleza, sino también en cuanto a persona. Sin embargo, la Santísima Trinidad no se une a la naturaleza corporal del género humano más que a través del Hijo.

Pero la *h* que sigue a la *v* significa lo que se ha dicho antes.

Luego, por lo antedicho es evidente que por medio del nombre Tetragrámaton, también escrito en letras latinas, se entiende que en Dios existe el principio que aspira sin principio y a su vez, el principio que aspira del principio.

Ahora bien, cuando se considera este significado como [un nombre] perteneciente a Dios, manifiestamente resta por decir apropiadísimamente que en Dios existen tres personas, de las cuales una tiene categoría de Padre verdadero y perfecto. Otra, de Hijo perfecto. En cuanto a la tercera, toma la cualidad y el nombre de su Amor mutuo.

Habiendo admitido más arriba que el principio sin principio es perfectamente concebido por la inteligencia y que el principio del principio es perfectamente concebido por ella, también es completamente semejante e igual al mismo, en naturaleza y esencia.

Por otra parte, cualquier ser que proceda de otro posee la especie de aquel que lo engendró y nace tan perfecto como su antecesor, por la vía de la generación animal. Pero todo aquel que es engendrado por otro y retiene la especie del generador es llamado por el nombre de hijo, porque hijo se interpreta como hecho por aquel que genera.

Por consiguiente, siendo el principio singularmente perfecto, creado del principio sin principio por el procedi-

miento de la generación, a Él sólo, muy apropiada y excelentemente, conviene la categoría y el nombre de Hijo. De la misma manera, cuando el principio sin principio produce para sí un perfecto semejante por el procedimiento de la generación, le conviene la categoría y el nombre de madre o padre. Pero la categoría de madre es una categoría del que genera imperfectamente, porque no genera en sí activamente, sino pasivamente, ya que no genera de sí, sino de otro. Por otra parte, nada que sea considerado imperfecto conviene a Dios y es por esto por lo que no le conviene el nombre de madre. Pero correspondiendo su perfecta capacidad generadora a la categoría de padre, puesto que es activa y sale de sí y el mencionado principio es singularmente perfecto y generador activo y sale de sí, le conviene muy adecuadamente el nombre de padre como a ningún otro que genere por sí, ya que por mucho que genere de por sí, sin embargo lo que genera no es absolutamente perfecto por dos razones: primera, porque no puede otorgar al generado todo lo que él es; segundo, porque aunque genere de sí, sin embargo genera en otro, como sucede con los animales del sexo masculino.

Generar a otro es la imperfección del generador, porque no puede dar al generado todo aquello necesario para su culminación[25] y siendo únicamente la perfección lo que conviene a Dios, es necesario que genere de sí y en sí un perfecto semejante que contenga la máxima cualidad de perfec-

25. Es decir, reproduce un ser tan imperfecto como él mismo.

ción, que sólo pertenece a Dios y que este principio que Dios genera, verdadera y perfectamente, tenga la categoría y el nombre de Padre. Y éste es el principio sin principio que ha sido expuesto anteriormente.

Pero habiendo admitido que los dos principios aspiran uniformemente de una misma esencia divina y que aspirar es un acto común y uniforme a ambos, el que aspira posee una cualidad que se extiende al otro, por lo que está dicho que en los cuerpos se aspiran vapores elementales, cuando se mueve de uno a otro. Luego es necesario que aquel acto de respirar sea común a los mencionados principios y que la esencia fije sus límites por debajo de ellos, para que pueda moverse de uno a otro. Pero en Dios no existe ningún movimiento corporal, por lo que es necesario que exista la tendencia o el movimiento que pueda convenir a la sustancia intelectual. Pero las cosas intelectuales supuestas nunca se mueven ni tienden hacia otro, sino por la virtud, es decir, por la potencia operativa que hay en ellas. Aquella potencia se compone de inteligencia y voluntad. Pero es evidente que por el hecho de entender, nada se mueve ni tiende hacia otro improvisadamente, sino sólo dentro de sí, cuando esté perfeccionado por el conocimiento; la voluntad, en cambio, tiende a otro a causa de los sentimientos, pues si la voluntad fuera buena, el sentido sería amor y si fuera mala, odio. Pero en Dios, la mala voluntad no existe.

Es, pues, necesario que el acto de aspirar de los mencionados principios comunes sea una buena voluntad, igual de uno hacia otro que, como se ha dicho, fije sus límites por debajo de ellos para que pueda moverse de uno a otro. Y así, sólo resta [decir] que los antedichos dos principios son la buena voluntad entre ellos y lo que es bueno es deseado.

Es evidente que el que es deseado y el que desea no son de una misma categoría. Luego, en Dios existe la categoría de dos que desean y la categoría de un único deseado, así que dentro de la divinidad existe tal distinción de categorías. O bien la categoría del deseado que es otra que la categoría del que desea, es en Dios sustancia o accidente,[26] pero es imposible que sea accidente, luego, es sustancia.

Pero en Dios no puede existir otra sustancia de distinta categoría a su esencia, porque como se ha expuesto más arriba, la esencia de Dios es simplísima y completamente única e indivisible. Es necesario, pues, que ambas categorías se deseen por una única sustancia, que es completamente igual a la esencia y siendo ésta la buena voluntad, es necesario que posea la categoría del antedicho amor mutuo de los que se desean.

Volviendo a lo dicho anteriormente, es preciso que conozcamos estos tres aspectos distintos de la esencia de la divinidad, es decir, el Padre y el Hijo y el Amor entre Padre e Hijo, que procede de una única aspiración e igualmente es nombrado con un nombre común a ambos, es decir, Espíritu Santo. Y toda inteligencia que establece que en Dios existe inteligencia y voluntad, deduce que es necesario conceder que en él existe la distinción de tres aspectos en una única e indivisible esencia.

De hecho, si la inteligencia está en él en acto y no en potencia pasiva o aspecto exterior, es preciso que allí exista el inteligente y la inteligencia por medio de la naturaleza, no existiendo en Dios ninguna virtud inútil. Y siendo en Dios

26. Cf. nota 19 a propósito del adjetivo latino *accidens*.

toda virtud infinita, es necesario que el inteligente sea infinito entendiendo y la inteligencia sea infinita en su facultad de comprensión. Y siendo estas dos cosas de distinta cualidad, es necesario que en Dios coexistan de modo distinto. Y como toda virtud, todo acto y toda cualidad son en Dios sustancia, es necesario que se diferencie como sustancia. Pero es imposible que la esencia divina se divida, siendo completamente simple. Es necesario, luego, que sean sustancias de distintos aspectos y en una única indivisible esencia. Igualmente es necesario también que la voluntad en Dios se ocupe de alguien deseado e infinito en bondad y que sea distinto en sus aspectos, como se ha dicho más arriba.

Del mismo modo, también es necesario aceptar que los tres aspectos de la Santísima Trinidad contienen una verdadera unidad en él. Pero si en Dios existe la unidad, es necesario que sea activa, puesto que en Dios no hay nada pasivo o inútil. Y siendo [la unidad] eterna, es necesario que en Dios actúe eternamente. Pero nada actúa *per se*, si no existe para una finalidad concreta, como el blanqueador para blanquear, el calor para calentar o la luz para iluminar. Así también, para la unidad es propio *per se* unir. Luego, es necesario que la unidad que en Dios es acto, esté unida eternamente. Pero no puede existir ninguna acción sin objeto. Conviene, luego, necesariamente que aquella unidad que une eternamente en Dios pueda unirse eternamente a muchas cosas, como todo aquello que es susceptible de unirse, uniéndose también en Dios otros aspectos, pero es necesario que la unidad que une en Dios sea distinta a ésta que une.

De hecho, para que algo se una hace falta un medio, y que la cosa a que deba unirse, sea necesariamente otra distinta de sí misma. Pero ha quedado demostrado más arriba

que en Dios no puede existir distinción alguna, sino aspectos. Luego es necesario que existan en Dios por lo menos tres aspectos, de los cuales uno verdaderamente una a los otros dos, y *nada es verdadero o igual a la verdad, que aquella verdadera unidad que se une a sí misma*, lo cual es imposible de entender de otro modo.

Existiendo en sus aspectos inteligencia y cualidad, ningún aspecto distinto los puede unir, sino el amor cuyo inmediato y propio afecto es el único capaz de unir sus voluntades. Pero en Dios existe la misma sustancia y voluntad, luego es necesario que los una indisolublemente en Dios, en el cual existe el inteligente, también de eterna e infinita virtud, y la inteligencia eterna e infinita proporcionalmente correspondiente al inteligente, que en Dios es el amor eterno e infinito.

Y siendo infinita la potencia de aquel amor, es necesario que se una de tal manera a aquella última que no sea verdaderamente uno, sino aquellos tres aspectos.

De otro modo, si aquel amor hubiera actuado con una potencia menor a la suya, habría así permanecido inútil en alguna de sus partes, lo cual es completamente absurdo. Pero ello no puede de otro modo ser alcanzado por la inteligencia más que a través de los tres aspectos [las tres personas de la Santísima Trinidad] de una simplísima e indivisible esencia. Así, siendo absolutamente única, está completa en cualquiera de ellos.

Pero no creer que en la naturaleza la inteligencia es pura y la virtud infinita, no es de mente sana, al ser esto posible en la naturaleza sensible, es decir, que lo que es común a muchos distintos, exista completo en cualquiera de ellos. Si alguien estudia detenidamente un triángulo equilátero, dis-

tinguirá claramente allí tres pirámides que no forman más que una única figura, o bien, respecto a los lados, forman tres ángulos tan uniformes que no puede encontrarse entre ellos diferencia alguna. Y en tercer lugar [quien estudie el triángulo] aprenderá que entre ellos no existe más que una superficie común, que está completa en cualquier pirámide. Y esto, no solo es aplicable a una superficie llana, sino también a un cuerpo sólido. Pero si aquel triángulo fuera sólido como una superficie de cera, sin duda, dicha cera sería común a cualquiera de sus lados.

Éste es el ejemplo que nos propone el doctor eterno, precisamente para doblegar la arrogancia de la inteligencia ilusa cuando juzga la antedicha verdad. Dice: «Yo soy el alfa y la omega» (Ap 1, 8). Propuestas estas dos letras del alfabeto, si consideramos correctamente su figura, es cierto que el alfa (A) posee la forma de un triángulo equilátero y la omega (Ω) posee la forma de círculo. Observemos cuánta inteligencia podemos extraer de entre la que Dios guarda en las palabras mencionadas: digo que Dios, cuando dice ser las antedichas figuras, se refiere a que su palabra (escrita) es verdadera, pero no a que Él mismo sea una de las antedichas figuras sensibles, luego, es necesario que la palabra (escrita) de Dios se presente bajo la explicación de una imagen (o analogía), pues lo que Dios intenta a través de aquellas figuras es informarnos acerca de cómo aprehender aquella excelente verdad que existe en él, por tanto, aquella verdad debe coincidir analógicamente al máximo con lo que representa, y no pudiendo Dios errar, su Sabiduría inventó que mejor convenían a la cosa sellada.

Lo que de las antedichas figuras se manifiesta al sentido, no es otra cosa que la propia forma de las figuras. Pero en la

forma de las figuras se distingue claramente un sentido doble: es decir, una distinta trinidad en el triángulo y una verdadera uniformidad en el círculo, lo cual no puede significar otra cosa, sino que se trata de una distinta trinidad en una verdadera uniformidad; así pues, cuando Dios dice ser el alfa (A) y la omega (Ω),[27] refiriéndose a la forma de esas letras, no quiere decir sino que es distintamente trino y verdaderamente uniforme. Esto es lo que expresan las figuras, por las cuales Él mismo habla a través de su evidencia.

Si queremos entender que en el triángulo equilátero Dios insinúa al mismo tiempo la uniformidad de tres distinciones diciendo: «Yo soy el alfa (A)», [comprendemos que] no añadió superfluamente «y la omega (Ω)», pues no pudiendo la omega indicar el principio y el fin (dada su forma circular), el sentido será preciso: yo soy uniformemente trino y sin principio y sin fin.

Si leemos este versículo de otra manera, comprenderemos que cuando se entiende como «yo soy el principio que principia», se refiere a las distinciones contenidas en la letra alfa (A) y cuando «yo soy el principio sin principio», se refiere a la letra omega (Ω), que no distingue el principio del fin. También significa muchas otras cosas que para la presente consideración no son necesarias, pues aquí sólo esto es suficiente, a saber, que a través de la letra alfa (A), Dios nos propone un triángulo equilátero en cuya imagen se contemplan

27. La letra final del alfabeto griego, es decir la omega, siempre aparece en el manuscrito escrita en minúscula: «o». Creemos necesaria esta aclaración, dado el significado otorgado por Arnau a la forma de esta letra.

tres aspectos de una naturaleza en común, que siendo completa en cada uno, se reconoce muy convenientemente como ejemplo sensible, de tal manera que ningún otro ejemplo sería ni igual, ni más adecuado, lo que fácilmente se vería con claridad discurriendo sobre cada uno.

También podemos contemplar el ejemplo (que nos sugiere) el beato Silvestre[28] a propósito de un pañuelo doblado en tres pliegues, comparado a una distinta trinidad en la misma naturaleza común, es decir, que el pañuelo no está completo en uno de los pliegues, pero es común a todos ellos. De nuevo, en este ejemplo, se aprecia más claramente la distinción entre ambas cualidades.

Sin duda, una pirámide no se distingue de otra (figura geométrica), sino porque sus lados concurren en un punto único, formando ángulos; sucede así también con lo divino, cuyos aspectos sólo dependen de la unidad, pero son distintos entre ellos, como los lados de una misma figura geométrica. Además, la escritura demuestra que la divinidad expresa su forma como un ángulo, cuando dice sobre Cristo: «Fue hecho cabeza de ángulo» (1 Pe 2, 7),[29] es decir, fue hecho según la carne, como cabeza de los elegidos y además, se ha dicho en otra parte de este escrito, que este ángulo está contenido en la Santísima Trinidad como Cristo.

28. Según Joaquim Carreras Artau, parece aludir al Papa San Silvestre (314-335), autor de una obra contra los judíos, hoy perdida. Cf. una noticia al respecto en Migne, Patrología S.L., t. 8, col. 795-848. En la col. 814 se insertan dos fragmentos de dicha obra.
29. Cf. también: «Este Jesús es aquella piedra que vosotros desechasteis al edificar, la cual ha venido a ser la primera piedra de ángulo» (Act 4, 11).

Si la esencia de la pirámide es indivisible, también lo son las personas de la divinidad, pero ya que (la pirámide) está compuesta de lados y superficie, no puede ser uniforme e igual. Aquí pues, se hace evidente cuán adecuadísimos son los signos usados por Dios para insinuarnos la verdad eterna de la distinción, en una excelentísima unidad de sí mismo.

Por otra parte, ignoro si los antedichos signos han sido descritos en otro lugar, pero sé firmemente que vienen de Dios. En verdad, cualquier manera de exponer la Sagrada Escritura que no sea incompatible con la fe y las leyes, viene de Dios. La verdad de este asunto se manifiesta, tanto por parte de quien la expone como por parte de quien recibe la exposición. Ciertamente, por parte de quien la expone, su meta está próxima porque Dios ordenó la bondad y la sabiduría de las expresiones sagradas para la instrucción de los hombres y para que se perfeccionen con los mismos, tanto como les sea posible en su estado presente, en la posesión de la vida divina, por medio de las dos facultades racionales de la criatura, a saber, inteligencia y voluntad o deseo, que son representadas perfectamente por la fe católica y las leyes.

Por consiguiente, todo sentido o inteligencia con que se reciben las expresiones sagradas, cuando concuerda con la verdadera fe y las leyes de la pureza, acaba en la meta próxima hacia la que la Escritura la dirige, ya que perfecciona al hombre en el conocimiento y en el amor de las cosas divinas. Pero aquel que tiende directamente al fin de la obra de alguien, lo hace por la voluntad del que opera. Entonces, siendo la Sagrada Escritura únicamente obra de Dios, es necesario que todas las exposiciones que iluminan acerca de la verdad de la fe y consolidan la inteligencia, o bien, que dirigen el deseo hacia la ley de la pureza, sin duda vengan de

Dios, como sabe perfectamente y perfectamente desea y entiende aquel que se dirige hacia la meta de su obra. También, por parte del exponente, se pone de manifiesto la misma verdad de este argumento.

En realidad, la capacidad de comprensión que se muestra a través de la facultad de entender, al ser creada, es evidente que Dios la posee en su totalidad y así lo mínimo y lo máximo que se puede entender por acto, todo viene de Dios, por lo que no se puede ocultar de su creador, que descubrió para siempre todo el poder que la criatura era digna de poseer.

Así como la razón humana, a través de la facultad de comprensión, puede entender las palabras sagradas, infinitamente mayor es la capacidad de comprensión de la inteligencia divina, que no posee límites. Luego, si la razón humana tiende a alcanzar la meta de las palabras sagradas, es necesario que *Dios intervenga en ello y lo apruebe*, porque de lo contrario, ¿cómo podría una inteligencia creada alcanzar la obra de la inteligencia increada? Cualquier alma sana rechaza esto por completo.

Es, pues, admisible que lo que no ha sido escrito por el hombre, no sea admirado por él, especialmente la Sagrada Escritura, dado que no ha sido editada por el hombre, sino por Dios. Pero basta con que se encuentre en sus libros escrita por su autor, es decir, en el alma[30] humana, principalmente de los

30. Cabe destacar que el sustantivo latino utilizado aquí por nuestro autor es *mens*, que se refiere a una porción de la inteligencia divina enterrada en el hombre, es decir, su alma. San Jerónimo, en la Vulgata, traduce como *mens* la palabra hebrea קרב, prójimo, allegado o entraña.

fieles, en cuyos corazones fue prometida por Jeremías su ley, es decir, la doctrina de las Escrituras.[31] Por lo que sobre estos libros está dicho en Job: «El mismo que juzga, que escriba para mí un libro» (Job 13, 26); y en el mismo sentido, leemos en Daniel: «Los libros fueron abiertos» (Dan 7, 10).

Sin duda, la inteligencia humana es un libro editado por Dios, en el cual las exposiciones y los sentidos de las expresiones divinas resplandecen cuando la Sabiduría de Dios lo dispone, pero los significados particulares de las palabras sagradas[32] no aparecen a la vez, sino sucesiva y paulatinamente en los tiempos y las edades del mundo, y muchas duermen aún en el polvo de la tierra, es decir, en la imagen terrenal de la letra y después de la muerte de Cristo, en la última persecución de los fieles, saldrán del monumento funerario[33] de las expresiones literales y aparecerán ante muchos en la ciudad de la comunidad fiel. Y cuanto más se aproxime aquel tiempo, tanto más germinarán las semillas de la doctrina sagrada, echadas en la tierra de las expresiones literales y aparecerá el trigo que hasta entonces había estado enterrado en los libros sagrados.

Esperamos firmemente que estas cosas se cumplan en el próximo decimocuarto centenario de los años del Señor, cuando en dicho año, según las profecías, deberá ser encarnada la verdad indicada, que será aceptada por todas las razas de los pueblos, así como por los tres reyes de los pueblos, es decir, cuando todos los gentiles que temporalmente

31. Cf. Jer. 31, 33.
32. Se refiere al sentido profético.
33. Cf. nota 10.

reinen en las tres partes del mundo vengan, multiplicados los milagros, a la santa ciudad de la comunidad fiel, para adorar a Cristo y cuando los viriles predicadores hagan vibrar firmemente la espada del verbo de Dios en lenguas y pueblos, pues solamente con tal espada y con tales soldados se extiende y divulga la verdad del cordero celestial que fue eternamente establecida para vivificar y no para matar.

Pero si alguien preguntara por qué el mencionado nombre Tetragrámaton no fue otorgado en la Sagrada Escritura al pueblo de los latinos, sino solamente a los hebreos, se responderá, como también a propósito de otros signos, que Dios dio a aquel pueblo los signos, tanto vocales como reales, que previamente decidió añadir, sabiendo que perdurarían a través de los siglos y prueba de ello es que el pueblo judaico sigue utilizándolos y tiene un velo ante los ojos del alma, que no le permite comprender la verdad sellada, mientras que la muerte de Cristo, como está dicho más arriba, rasga [para los latinos] el velo del templo judaico, es decir, del corazón.

Toda aquella verdad, inscrita en los signos judaicos, ya era conocida y recibida por los latinos sin sombra de duda, y por esto no necesitaron que les fueran dados los signos de la verdad antedicha, ni en las cosas, ni en las voces, pues para ellos brillaba con luz propia. Mejor dicho, cayó sobre los latinos y los conversos [la verdad] que había caído [antes] sobre los judíos. Aquel nombre Tetragrámaton que primero fue conocido por el pueblo judaico, fue una cosa sellada por medio de aquel pueblo, que aún ignora su significado.

Esto sucedió en primer lugar porque, para los latinos, la verdad se hizo carne, lo que sabemos, con todas sus excelencias, por los primeros doctores de la fe católica. En segundo

lugar, los nombres de la misma verdad fueron otorgados en la Escritura bajo la forma y cualidad del nombre Tetragrámaton y el nombre Tetragrámaton fue comunicado a los latinos como Trinidad divina, lo que significa que el Tetragrámaton contiene los misterios de la verdad encarnada.

Los nombres particulares con que la Escritura denomina al Salvador son dos: Jesús y Cristo, y estos dos nombres, en los códices de los latinos se escriben (cada uno de ellos) con cuatro elementos, es decir, tres letras y un ápice,[34] lo que fue hecho a propósito del misterio que las propias letras insinúan.

En realidad, en ambos nombres se coloca alguna letra que, considerada según su forma natural, no pertenece a la esencia de la dicción, sino que significa una prolongación. De hecho, en la esencia de la palabra Jesús no existe la *h*, ni en la esencia de la palabra Cristo existen estas dos letras, es decir, *x* y *p*. Sin embargo, se observa comúnmente también en las Sagradas Escrituras, que el nombre del Salvador, Jesús, se escribe con una *i*, una *h*, una *s*, pero la letra *h* contiene un ápice como extremidad en forma de columna. La palabra Cristo se escribe con una *x*, una *p*, una *s* y la *p* contiene una línea trazada de arriba a abajo. Esta manera de escribir no es en absoluto casual o vana en la composición de las expresiones divinas, principalmente porque ninguna cosa sensible carece de significado espiritual.

34. Se refiere a los anagramas IHS y XPS tan en boga entre los cristianos de esa época, comúnmente expresados en mayúsculas, pero Arnau estudia en esta ocasión el significado de la forma de estas letras en minúscula, especialmente las centrales, es decir, la *h* y la *p* como veremos más adelante.

Así pues, debe observarse sutil y devotamente, con cuánta pura y perfecta Sabiduría estableció el doctor eterno la preservación de la cualidad de su propio nombre.

Es sabido que nombre propio es aquel que según el gramático conviene a un solo individuo, así pues, designa singularmente aquello a que da nombre. Pero ya que los nombres con que son designados los humanos se atribuyen a muchos individuos, no pueden particular y determinadamente designar a ningún individuo (en concreto) si no va unido a otro nombre, sobrenombre o apodo que se refiera estrictamente en singular, al nombre de tal individuo.

Por consiguiente, habiendo sido otorgado [en las Sagradas Escrituras] el nombre de Jesús o el nombre de Cristo a muchos otros hombres, además de a aquel Hijo nacido de Dios y de la Virgen,[35] no puede el mismo nombre designarle singularmente, siendo significativo de otros, si no está determinado por medio de algún añadido, pues aunque por la forma convenga excelentemente a la definición de este hombre, no se muestra en ella su excelencia singular.

Esta verdad se pone de manifiesto por lo siguiente: Jesús se traduce como Salvador y Cristo como Ungido; sin embargo, es sabido que tanto el nombre de Salvador, como el nombre de ungido por el óleo de la Gracia de Dios, corresponde a la sin-

35. De estos dos nombres, uno tiene procedencia hebrea y otro griega. Los encontramos repetidamente escritos en el Antiguo Testamento aludiendo a profetas como Josué, homónimo de Jesús. El nombre de Cristo, que en griego significa el Ungido y en hebreo Mesías (משיח), también se menciona constantemente adjetivando a reyes, a profetas o a sacerdotes de reyes.

gular excelencia de este hombre, que es el verdadero Hijo de Dios y de la pureza de la Virgen, por lo cual, aquellos [dos] nombres le corresponden singularmente por su excelencia.

Pero aunque esto sea cierto, sin embargo la misma forma de excelencia singular que le distingue de todos los demás hombres no refleja el propio nombre completo, tanto si se unen uno a otro, como si no. Luego, para reunir aquellos nombres por medio de las excelencias singulares del mismo [Hijo de Dios] de la manera gramatical más apropiada, se hace necesario que siempre que se profiera el nombre de Jesús o de Cristo, se le añada un nombre o bien [se utilice] uno alternativo que resulte determinante y apropiado como un apodo, un sobrenombre u otro nombre, como hizo el Ángel hablando a Daniel sobre el tiempo del advenimiento del mismo [Hijo de Dios] cuando dijo: «Hasta Cristo-Príncipe habrán siete semanas» (Dan 9, 25) que no nombró a Cristo por un solo nombre, sino que le añadió «Príncipe». Donde nosotros tenemos la palabra «Guía», la hebraica verdad tiene la palabra «Príncipe», pues ...«hasta Cristo-Príncipe habrá siete semanas y etc.» (ibid.). Cristo es aquel Príncipe que entre los demás ungidos de Dios posee excelencias singulares, pues por parte de su parentesco de consaguinidad, nació de la pureza de una Virgen y por parte de sus obras y resultados, resucitó de entre los muertos y etc.

Siendo sus excelencias permanentes y no transitorias o momentáneas, quiso el eterno gramático que su nombre, puesto que tiene una forma permanente, llevara consigo los signos de aquellas excelencias que le corresponden singularmente.

Un nombre o una voz no tiene una forma permanente cuando se pronuncia, sino transitoria y momentánea, pero cuando se escribe adquiere una forma permanente y durade-

ra. Es por esto que Job decía: «Escribes amarguras contra mí» (Job 13, 26), es decir: haces durar [las amarguras]. Luego, así, la Sabiduría infinita del eterno gramático estableció que los nombres de tan excelentes hombres se escribieran de tal manera dibujados que el cuerpo de la dicción escrita no sólo designara al individuo humano, sino también las excelencias singulares de tal individuo determinado, así pues, el mismo signo que lo define lleva consigo otro nombre, un sobrenombre o un apodo. Pero esta sutileza está reservada únicamente a la facultad de la Sabiduría del antedicho gramático.

Además, siendo esto verdadero, se pondrá de manifiesto al considerar diligente y devotamente, el número y figuras de los elementos con que la mencionada dicción se presenta comúnmente en los escritos.

En cuanto al número, podemos considerar estos nombres como si fueran escritos de dos maneras, a saber, con tres elementos o con cuatro. Pero cuatro son los elementos con que se escribe esta dicción al completo, a saber: tres letras y un ápice. Pero el número que principalmente representa al individuo de la dicción, no es sino el tres, es decir, que se escribe para ambos [nombres] con las tres letras de la serie principal, lo que hace referencia a las excelencias singulares que solo pertenecen a Jesús o Cristo-Príncipe.[36]

La cuarta letra significa que [sus excelencias] son cuatro, a saber: nacer siempre de una Virgen inmaculada, resucitar *per se* de los muertos, ascender *per se* en carne a los cielos y también tener poder *per se* para juzgar a vivos y muertos.

36. Cf. Dan 9, 25.

Pero en su individuo contiene tres [excelencias], de las cuales, dada su integridad, nadie puede participar. Posee en la unidad de su individuo tres naturalezas distintas e inconfundibles, a saber: la espiritual increada, la espiritual creada y la corporal. Y así, la verdadera Trinidad de naturalezas, en la muy verdadera unidad del individuo, está significada por este nombre Tetragrámaton, que a los latinos les fue dado como verdadera Trinidad de individuos en la muy verdadera unidad de la naturaleza, significada con el nombre Tetragrámaton dado a los hebreos. Y así ordenó el consejo de la Trinidad eterna que se hiciera para que nos fuera insinuada la secreta majestad del poder de Dios, que principalmente contiene la escritura hebraica y latina.

No existe en la majestad [divina] secreto más alto ni más profundo, ni pensamiento devoto más edificante, ni más deleitable para el alma que la Trinidad de personas en la unidad de esencia. Asimismo, no existe en el poder [divino] maravilla mayor, ni naturaleza más gloriosa y más útil que la Trinidad de naturalezas en la unidad del Salvador, que sin embargo, puede ser reconocida en la personificación de la conversión completa y perfecta de las sustancias unidas en Dios.

En relación con el enredo de todo este nudo, también [sabemos que] sólo se deshace excelentemente por cada lado, por medio del hilo ilimitado e interminable del amor, existiendo así, aquí y allí, una categoría única, un amor puro y completo y como consecuencia, una inexplicable bondad.

Volviendo al asunto de las figuras de las letras, encontramos que los antedichos nombres escritos llevan consigo el sobrenombre que conviene particularmente a su definición. Pues, en este nombre: Jesús, la *i*, siendo la letra más pequeña y recta, significa que se considera el más pequeño y, sin embargo, recto en

su pequeñez. Nada hace al hombre recto y pequeño como la virtud de la humildad, en la cual nadie puede ser engendrado gratuitamente si se ha entregado a la muerte él mismo, en defensa de amigos o enemigos, como el más apacible cordero.

La figura de la letra *h* significa una media horca que toca la parte inferior [de la letra]. Más arriba se comenta de qué manera excelente se relaciona con los hombres.

La *s* significa que el mismo hombre está encorvado por la pasión.

El ápice colocado encima [de la *h*], significa la función, el lugar, la rectitud[37] y no la figura, porque carece de figura determinada. Su función es unir letras en forma de dicción, su situación indica que viene de arriba y su rectitud, que lo recto conviene al Salvador.

Dios hace la obra de la creación pintando letras como si fueran hombres caídos en el mundo presente, y Él mismo une desde arriba [con el Padre][38] a todos aquellos que están contenidos en el misterioso cuerpo del Salvador, quien los forjó hasta la rectitud de la justicia, mediante la pasión y la cruz.

Pero en el otro nombre, es decir, Cristo (XPS), la primera letra es la x, cuya figura en forma de cruz se inclina hacia las demás letras, por lo que simboliza al ungido crucificado, que por misericordia se inclina hacia los demás hombres.

37. Es frecuente encontrar escrito en textos de aquella época e incluso en los dinteles de las puertas de algunas casas, el anagrama IHS, que añade al trigrama una pequeña cruz o simplemente una tilde sobre la H mayúscula.
38. Según Carreras Artau, las palabras situadas entre corchetes son sólo probables, pues figuran en el manuscrito de modo borroso.

La *p* es una media horca que se levanta de la parte inferior para alcanzar el arco de la humanidad superior, que el ungido transporta.

La curva de la *s*, indica al hombre que se vuelve a inclinar, retornando al juicio de Dios.

El ápice recto colocado sobre la letra[39] significa que la misma actitud de los hombres es lo que les religa a una perpetuidad interminable, sea habitando en la Gehena, sea habitando en la Gloria.

Pero si las letras de los antedichos nombres fueran consideradas también, en cuanto a su orden y facultad, surgirían otras excelentes cualidades que convienen sólo a Cristo pero por el momento las omito ante el temor de extenderme en exceso, principalmente porque el pozo de la sutileza y Sabiduría de Dios es tan profundo que no puede ser vaciado por la inteligencia humana. También las omito porque, para este trabajo, [lo dicho] es suficiente, pues mi propósito es declarar cómo las formas escritas de ambos nombres, representan aquello que es necesario reunir para definir a nuestro Salvador.

Es evidente que el significado de ambos nombres no se aprende solamente a través de su sentido, sino también por el valor fonético y de posición de las letras en la palabra escrita. El número de elementos, su figura y su orden en la dicción facilita su comprensión y el hecho de que se entiendan fácilmente depende de ellos.

39. El anagrama XPS a veces se escribe añadiendo un ápice sobre la P, es decir XPS.

Vosotros, carísimo padre y demás fieles escrutadores de la sagrada obra, a quienes Dios mayores cosas revela y descubre, podéis añadir otras mayores a las antedichas y también juzgar más claramente sobre la misma.

Escrito en el castillo de Ramón de Meüillon,[40]
tres días antes de la festividad de María Magdalena,
santa que amaba al Señor, en el año MCCXCII.

40. Dominico ilustre, de quien Arnau de Vilanova acepta la hospitalidad en el verano del año 1292 y que aprovecha para concebir y escribir esta obra.

Tratado de la Caridad[41]

41. En latín las palabras *caridad* y *amor* tienen el mismo significado.

Presentación

La madurez indiscutible que Arnau de Vilanova posee en sus últimos años de existencia, separada de la circunspección requerida por la Iglesia oficial, le permite escribir este tratado, fechado en 1308, que choca frontalmente con los convencionalismos más radicales del clero del momento. Recordemos que la última noticia que tenemos del autor data de 1311, desapareciendo sin dejar rastro.

En 1316 la Inquisición, en sentencia de Tarragona, condena sin paliativos varios de sus últimos escritos, incluyendo el que nos ocupa. Existen diversas copias de esta sentencia, si bien, la más asequible al lector es la presentada por M. Menéndez Pelayo en el «Apéndice» a su *Historia de los heterodoxos españoles* (Ed. Nac. Vol. III, pp. 316-322).

Una de las razones aducidas por dicho Tribunal eclesiástico fue el supuesto error de Arnau al afirmar repetidamente que todos los clérigos estaban fuera de la caridad y se con-

denaban pensando equivocadamente estar dentro de la doctrina divina.

En el presente tratado, nuestro autor describe la diferencia existente entre la moral profana que actúa sobre las apariencias y el cumplimiento de la Ley divina que exige la entrega amorosa a Cristo. Es curioso que en la actualidad seguimos cayendo en la misma trampa engañosa: confundir una moral, sin duda loable y necesaria para la convivencia humana, con las cualidades que nos permitirán acceder a la Salvación.

Su discurso contiene una exégesis muy detallada de 1 Cor 13, 1-7, donde san Pablo afirma:

> «Si yo hablase lenguas humanas y angélicas y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si tuviere profecía y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado y no tengo amor, de nada sirve. El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.»

La versión de este tratado, de la cual hemos extraído nuestro texto, fue escrita originalmente en romance toscano y presentada y publicada por el prestigioso medievalista Miquel Batllori en el *Archivio Italiano per la Storia della pietá*, vol. I, pp. 411-427, editado en Roma en 1951.

Contiene gran cantidad de reiteraciones y giros innecesarios que se alargan a base de múltiples pleonasmos que eclipsan la belleza de la enseñanza arnaldiana, sometida a las disputas escolásticas al uso en su época, que confunden su propia intención. Posiblemente nuestro razonamiento moderno también sintetiza excesivamente las alocuciones y por ello hemos preferido presentar un texto refundido, en el que respetando absolutamente las ideas, facilite al lector la comprensión de las mismas.

Texto refundido

Loado sea nuestro Señor Jesucristo, que me ha dado ferviente deseo de conocer lo más necesario para la salvación del alma, que es la caridad. Como yo [al hablar de esto] podría desviarme, con mi inteligencia, no escribiré nada de mi cabeza, sino sólo lo que el Espíritu Santo, que no puede mentir, ha hecho escribir a sus servidores.

Debéis saber que san Pablo, en la primera epístola a los Corintios, escribió que lo más necesario para la salvación del alma es la caridad y así dice: «Aunque hablase las lenguas de los ángeles y de los hombres, si no tuviese caridad...», es decir, que por muchos bienes que el hombre tenga en sí, no llegará a la salvación ni a la gracia de la vida eterna si no tiene caridad, y añade san Pablo que, aunque tuviese gran espíritu profético y pudiese anunciar todas las cosas futuras y todos los secretos de Dios le fuesen revelados y conociese a todas las criaturas y tuviese una fe capaz

de mover montañas, si no tuviese caridad, nada sería a los ojos de Dios.

El Espíritu Santo da a entender por las palabras de Pedro (2 Pe 1, 5-7): «Administrad en vuestra fe la virtud», que la caridad es algo distinto, superior, más digno y más noble que el amor fraterno, por lo cual hay que saber en qué se diferencian, ya que de otro modo no sabríais reconocer las auténticas obras de caridad y seríais engañados de mala manera si creyerais que hacéis algo para vuestra salvación eterna y no estuvierais haciendo nada.

Debéis entender que el hombre puede tener amor sin caridad, pero no caridad sin amor, puesto que la caridad es amor puro de nuestro Señor y Dios Jesucristo, cuyo amor nos rescató y con el cual debemos amar; es decir, que así como Él abandonó el amor de sí mismo para rescatarnos, así nosotros debemos amarle sobre todas las cosas, de tal forma que por su amor abandonemos y despreciemos, no solo las cosas exteriores, sino también nuestro cuerpo y nuestro espíritu, hasta el punto que tengamos mayor placer en que el cuerpo sufra pena y aflicción corporal.

Debéis saber que amar a nuestro Señor Jesucristo sobre todas las cosas y no amar nada sino su amor, esto es caridad. Es lo que quería decir San Juan en su primera epístola cuando afirma: «Dios es caridad»; y «Quien está en caridad, está en Dios y Dios en él». Es decir, que el amor puro de Dios habita en él por la Gracia y su espíritu descansa solamente en Dios. En esto consiste la caridad propiamente.

Por el contrario, el amor fraternal es hacer bien a otro, sea pariente de sangre o vecino o amigo. Esta caridad, bien natural por otra parte, en nada ayuda a cosechar la vida eterna, aunque sí a disminuir la pena del castigo eterno.

Por esto, resulta muy necesario para el cristiano conocer los signos de la caridad que, por la epístola de San Pablo (1 Cor 13), el Espíritu Santo nos enumera.

— El primer signo es la paciencia.

— El segundo es no hacer nada ignominioso, buscando el interés propio.

— El tercero es no tener envidia de ninguna criatura.

— El cuarto es no consentir ninguna injusticia que se haga a los demás.

— El quinto signo consiste en no sentir ninguna vanagloria espiritual, es decir, no tener orgullo ni soberbia.

— El sexto signo es no tener ambición, es decir, no desear ser alabado, ni ensalzado, ni honrado temporalmente.

— El séptimo signo es no buscar lo de uno mismo, es decir, no hacer nada para el propio placer y provecho, sino únicamente para obra y agrado de Dios.

El hecho de creer como lo hacen los religiosos, que deben amar a sus parientes y que Dios lo quiere así, los aparta dolosamente de la caridad, hasta el punto que los aparta completamente de ella, como se puede conocer por dos cosas:

I. En primer lugar, porque el amor que tienen a las cosas temporales es muy lícito y fervoroso y el que tienen a Dios es negligente y tibio, buscando fácilmente su propio placer y utilidad para ellos mismos y los suyos, en lugar de ocuparse de lo que pertenece a Dios, ocupándose de lo que su carnalidad requiere.

En estas cosas se puede conocer que tales falsos religiosos son más abominables ante Dios que ninguna otra persona y por eso les llamaba Salomón (Prov 29, 8) «hombres pestilentes que corrompen la ciudad», es decir, que los hombres que corrompen la fe católica son pestilencia y corrupción mortal del pueblo fiel, que es la ciudad de Dios.

Y para dar a conocer la medida de estas abominaciones las compara a dos cosas vilísimas. En primer lugar a la cerda, cuando dice Salomón «Busco oro en hocico de puerca; mujer bella y loca» (Prov 11, 22). Dice la Santa Exposición[42] que el Espíritu Santo entiende por «mujer bella» a la persona religiosa que no se avergüenza de falsear la verdad católica, pues tal persona posee la belleza del hábito y de los actos de religión; y «loca» dado que abiertamente hace algo que envilece y perjudica la religión, es decir, que hace cosas que son blasfemia y vituperio de nuestro Señor. Y el anillo de oro, es decir, la apariencia de la religión, queda todos los días hundido en el hocico del amor a la vida corporal, en el lodo y en la suciedad, es decir, en la bestialidad de los que no creen. La otra cosa vil con que les compara es con la ramera, como dice Jeremías «tienes frente de meretriz y no has querido avergon-

42. Texto redactado en círculos franciscanos.

zarte» (Jer 3, 3), con lo que ha dado a entender que esta persona es tan desvergonzada como una pecadora pública, que no siente vergüenza ni de Dios, ni de los hombres.

II. En segundo lugar, que desprecian, desmienten y falsean la Doctrina, empezando por el primer mandamiento, pues si amasen a Dios con toda su mente y con todo su deseo, no procurarían nada para sí mismos que no fuese honrar a Dios, pues es cierto que cuanto más pone el hombre su amor en su bienestar temporal, también más se aleja del amor de Dios. Además la desmedida solicitud que de-muestran en producir placer y utilidad temporal a sus parientes y amigos, la entienden como un deber y esto es un sofisma que el diablo pone en su oreja, a saber, que deben amar y honrar a padre y madre, entendiendo los suyos carnales, y no es así, sino que se les debe amar, amando a Dios a través de ellos.

Dios es la finalidad misma de nuestro amor y los otros amores deben ser exclusivamente un vehículo o pa-so previo para llegar hasta Él, al igual que cuando uno se calza una bota, el paso previo antes de llegar al zapato es la caña, así, necio y tonto sería quien no llegase nunca a dicho zapato, quedándose en la caña. En consecuencia pues, pararse en el amor humano va en detrimento del amor de Dios y su conocimiento.[43]

Todo lo dicho lo declara abiertamente la Doctrina en el Génesis cuando dijo Dios a Abraham: «Sal de tu tierra y deja a tus parientes y la casa de tu padre y ven a la tierra que yo

43. Ya que el amor humano es el vehículo.

te mostraré» (Gén 12, 1) y dice la Santa Exposición que estas palabras van dirigidas a todas las personas que quieren alcanzar la verdadera religión, al igual que dice el Salmo 45, 11-12: «Oye hija y mira, inclina tu oreja y olvida tu pueblo y la casa de tu padre, pues deseará el Rey tu hermosura, pues Él es tu Señor y encorvarte ante Él». También el Evangelio de san Mateo dice: «Todo aquel que por mi causa deja hacienda, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o campos, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna» (Mt 19, 29).

Después de esto, para inflamar a los fieles a que emprendan el camino que les puede hacer discípulos y servidores suyos, dice el Evangelio de san Lucas: «Si alguno de los que me siguen no aborrece a su padre y a su madre, a la mujer y a los hijos y a los hermanos y hermanas y aún su vida misma, no puede ser mi discípulo» (Lc 14, 26). No debe entenderse de esto tampoco que se les debe aborrecer absolutamente, sino únicamente en la medida en que nos apartan del amor de Dios.

De esta Doctrina dio nuestro Señor ejemplo en su misma vida y por la vida de otros que querían ser sus discípulos, por ejemplo en el Evangelio de san Mateo dice: «Señor, puesto que quieres que te siga, déjame ir a enterrar a mi padre y Él respondió: sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos» (Mt 8, 21-22). En otra ocasión dijo: «Señor, yo te seguiré, pero deja que avise de ello a los de mi casa, y Él respondió: el que se vuelve a mirar atrás no es digno del reino de los cielos» (Lc 9, 61-62). Y no cabe duda que vuelven su rostro aquellos que entran en religión y luego se afanan por procurarse placeres temporales.

En su misma vida dio ejemplo cuando no quiso dejar de predicar para hablar con su madre y hermanos y afirmó: «El que hace la voluntad de mi Padre, ése es mi hermano, mi hermana, mi padre y mi madre» (Mt 12, 35; Mc 12, 50), con lo cual dio a entender abiertamente lo que es prioritario a los ojos de Dios. Y por eso dijo san Pablo a los corintios: «Cristo ha muerto y resucitado por todos para que no amemos ni conozcamos a ninguno según la carne, sino solamente por Jesucristo.» Eso mismo dio a entender cuando no quiso salir del Templo para hablar con su madre y hermanos, que le andaban buscando, pues el verdadero placer estriba en amar a Jesucristo y su verdad y, por afinidad, se ama más a aquel o aquella que ama a Dios y que mayor amor tiene a Jesucristo.

Y si un falsario profesa el estado de religión, es más abominable a los ojos de Dios que los demás, y por esto Isaías dice: «El niño de cien años morirá» (Is 65, 20), queriendo expresar que se puede vivir estúpidamente hasta llegar a la vejez, pues todo lo que hace está impregnado de vanidad y al término de sus días parte para el otro mundo con el corazón lleno de puerilidad.

Por todo lo que he dicho, queda de manifiesto la verdad de este séptimo signo de la caridad, que no es otra cosa que diligencia de observar y cumplir la Doctrina y los mandamientos de Dios, como nuestro Señor Jesucristo dijo: «Quien me ama, guardará mi palabra, quien no me ama, no guardará mi palabra» (Jn 14, 23-24).

A partir de cuanto voy diciendo podéis entender la razón por la que el Espíritu Santo, por medio de la epístola de Judas, versículo 18: «En los últimos tiempos han de venir unos escarnecedores que andarán según sus deseos

y no según la piedad», que quiere decir que en los finales y últimos tiempos de la Iglesia, aparecerán ante el pueblo de los fieles escarnecedores de Dios y de su Verdad, que seguirán sus deseos temporales sin preocuparse de las obras de piedad. Les llama «escarnecedores» como un histrión que imita a un religioso con hábito, en sus palabras y en sus actos, pero carece en su corazón de la verdadera religión y por esto los compara el Espíritu Santo con imágenes e ídolos muertos.

Con imágenes, en la figura de la mujer de Lot, que no observó este mandamiento y se volvió a mirar la tierra y la ciudad de la que partía y al punto murió y su cuerpo se convirtió en estatua de sal.

Con ídolos, cuando dice por Zacarías: «Y en aquel día, dicho de Adonai Zebaot, sacaré los ídolos de la tierra y no serán membrados más» (Zac 13, 2), pues los ídolos son los hombres y las mujeres, pero les llama ídolos porque no tienen nada dentro y sólo son apariencia.

El octavo signo de la caridad es que quien la tiene no se altera por cualquier cosa; por el contrario, todo es para él motivo de alegría.

El noveno signo es que no piensa mal, puesto que pasa su tiempo pensando en Dios y sus obras, y si le sobreviene una adversidad, piensa que es voluntad de Dios y la sufre con placer de corazón. También piensa bien de lo que ve hacer a los demás y, aunque a veces vea actuar mal a alguno, busca la manera de corregir a aquella persona sin ofenderla.

De este pensamiento estaba impregnado una monja que era sierva de otra, mujer hermosa, abadesa de un monasterio. La sierva, que estaba llena de caridad, veía que la otra se afanaba por embellecer su cuerpo y mostrar su belleza al estilo

de las mujeres del siglo, y la veía rebuscar en su peinado, poniéndose sutiles cintas y velos y a veces rizarse y empolvarse el pelo; y tanta holgura daba al escote de su vestido, que mostraba gran parte del pecho. Solía llevar la túnica entreabierta y calzaba unos escarpines refinados y se la veía frecuentemente con seglares y poco en el oratorio o en la celda.

La sierva, con lágrimas y gran humildad, le decía que todas aquellas cosas ofendían a Dios y que particularmente, por ser abadesa de todas, su ejemplo ejercía mayor corrupción. La otra la despreciaba, teniéndole por necia y bruta.

Con el paso del tiempo, la abadesa dejó este mundo. La otra monja, que seguía con vida, rogó a Dios para que le indicase si debía hacer especiales oraciones por su alma.

Un día le fue mostrada la visión de su estado y vio a una monja con plumas de pavo sentada en un trono y debajo de ella muchas personas que sacaban cada una un dardo, hiriéndola en los ojos y atravesándole el cerebro. Y tanto la atormentaban, que gritando maldecía a los que la engendraron y a todas las criaturas que le hicieron conocer el mundo. Luego, por la gran fuerza de su dolor, maldecía a quien la había creado. Después vino como una ráfaga de fuego que le entraba por la boca, por los ojos, por las orejas, incendiándola, consumiéndola y aniquilándola por completo. Luego volvía a la visión anterior.

La pobre monja, al ver esto, quedó maravillada y rogó a Dios que le explicase el sentido de esta visión. Escuchó entonces una voz que decía: «Lo que has visto es la monja que tú sabes, que te ha sido mostrada en forma de mona para indicarte dos vicios, a saber: que se afanaba mucho por imitar lo que había visto hacer a las mujeres seglares vanas y presumidas y llevaba al descubierto su vergonzosa animalidad,

como la mona que no tiene cola[44], cuando la veían intentando embellecer su cuerpo, todos se burlaban, como si viesen un burro engalanado. En esta visión, las plumas del pavo significaban la vanagloria con que se pavoneaba. El trono era su cargo de abadesa y las personas que le lanzaban los dardos, las hermanas que por su mal ejemplo de corrupción tendrán un singular tormento ilimitado. Y la llama de fuego que por todas partes la asediaba, es el amor que sentía por la vanidad, por el cual arderá sin fin, pues cuando recitaba aquel versículo de los Salmos que dice: "Mi corazón y mi carne se alegran en Dios vivo" (Sal 83, 3) decía una doble mentira, puesto que ni su corazón, ni su carne se alegraban en Dios.»

Y luego oyó que la voz decía: «Mientras que tú, puesto que fuiste despreciada por amor a la verdad y no dejaste de lamentar su caída, este año te será dado placer sin fin, honor y gloria.»

Todo lo dicho demuestra dos cosas: una es que quien tiene caridad siempre piensa bien; la otra, es el fruto que nace de tal pensamiento.

El décimo signo es que no obtiene alegría, ni placer de ninguna cosa hecha con iniquidad.

El undécimo signo es que siente alegría y placer en oír la verdad de la Doctrina de Jesucristo, así como la de sus discípulos.

Todo lo contrario hacen todas las personas que no tienen caridad, puesto que no quieren oír palabras de verdad si no

44. En los bestiarios de la Edad Media, se compara la mona a los demonios y se dice que la mención de «sin cola», hace referencia a que no son cuerpos físicos, pues no están «terminados».

salen de la boca de los doctores y filósofos y cuando las oyen en boca de personas simples o de baja condición social, no las quieren escuchar, y si lo hacen, es sin devoción, con desdén y fastidio y esto demuestra que no gustan de las palabras, sino de quien las dice. Pues si realmente tuviesen caridad, harían igual que aquel a quien le gusta el cleratum[45] o vino dulce, que lo bebe en una vasija de madera con tan gran placer como si de cristal o plata se tratara.

Por esta misma razón, los doctores y filósofos que no poseen la Verdad de Dios se sienten dolidos y ofendidos cuando personas simples y laicas tienen en sí mismos la Verdad de la Doctrina de Dios, tratan por todos los medios de destruir sus escritos y desacreditarles,[46] cosa que demuestra que no tienen caridad, pues si la tuviesen se alegrarían y exultarían de gozo por el honor de Dios y por la salvación de los cristianos.

El duodécimo signo es que aguanta todos los cambios que Dios hace en su persona o en el mundo, todo lo soporta gustosamente y por todo alaba a Dios.

El decimotercer signo es que cree en todo lo relativo al poder de Dios, a su poder y a su verdad. Por ejemplo si oye decir que Dios ha concedido una gracia a alguno, no lo duda, pues sabe y piensa que Dios dispensa sus gracias como le place y no según el parecer de los hombres y de las mujeres.

El decimocuarto signo es que, en caso de necesidad, se esfuerza cuanto puede por sostener, ayudar y consolar a cualquier persona, sin fijarse en su condición, nación, ni estado.

45. Especie de vino con miel y especias.
46. Podría referirse a alguna experiencia personal del propio Arnau.

El decimoquinto signo es que tiene firme esperanza en que Dios cumplirá lo que promete en las escrituras y mediante sus mensajeros.

Ruego a nuestro Señor Jesucristo, que es caridad, que os tenga tan llena de amor, que podáis inflamar fácilmente a las personas que tenéis a vuestro cargo[47] y si podéis darles de comer este alimento, no encontrarán gusto, ni placer en los manjares de la vanidad.

Esto os hará entender claramente la razón por la cual, Cristo dice en el Evangelio de san Mateo: «Cuantos quieran salvarse, conviene que entren por la puerta estrecha, pues ancha y holgada es la senda que conduce a la perdición y muchos la siguen. Pero la puerta que da a la salvación de vida eterna y la senda que a ella conduce es estrecha y angosta y poquísimos llegan a entrar en ella» (Mt 7, 13-14). Con estas palabras da a entender que son sabios y serán benditos los que no quieren ser del número de muchos, sino de pocos, puesto que solamente éstos entran por la puerta del paraíso y emprenden ese camino.

De ambas cosas dio ejemplo nuestro Señor Jesucristo, que es la puerta, camino y vida eterna y al cual rogamos que por su piedad nos conduzca. Amén.

47. Se desconoce quién era la abadesa a la que Arnau dirigía este escrito.

Epílogo:
El Nombre de Dios y la Caridad

"Si deseamos la riqueza, empecemos por
dar de nuestra pobreza y continuemos
dando de nuestro superfluo"

El Mensaje reencontrado XXIII-51

Uno de los temas más apasionantes de la Cábala hebrea es el *Tikún*, palabra que significa «corrección, reparación, enmienda». Se aplica, entre otras cosas, a la «reparación» del Nombre de Dios, el Tetragrámaton. Según ciertas doctrinas cabalísticas, a raíz de la caída, el Nombre de Dios de cuatro letras o Tetragrámaton se escindió en dos partes. La *Iod* (י) y la *He* (ה) se quedaron en el cielo, formando el Nombre de Dios *Iah* (יה), que por respeto los judíos pronuncian *Ka*, y la *Vav* (ו) y la *He* (ה) «cayeron» en este bajo mundo y forman la palabra *Uh* (וה), que fonéticamente recuerda a *Uh* (הוא), «Él». El *Tikún* del Nombre de Dios consiste en reunir estas cuatro letras recuperando la unidad original.[48]

48. La idea de «santificar» el Nombre de Dios que los cristianos repetimos en el Padrenuestro sin saber a qué nos estamos refiriendo parece aludir a la realización de esta unidad. En hebreo *Ejat* (אצת), «uno», tiene la misma guematria, (409) que *Kedushah* (קדושה), «santificación».

La máxima expresión de la unidad la encontramos en la letra *Alef* (א), cuyo valor numérico es precisamente 1. Para los cabalistas esta letra estaría formada por dos *Iod* (י), una derecha y otra invertida, unidas por una *Vav* (ו)[49].

Dado que el valor numérico de *Iod* es 10 y el de *Vav* es 6, tenemos que 10+10+6=26. El valor numérico del Tetragrámaton (יהוה) también es 26, pues (י) 10 + (ה) 5 + (ו) 6 + (ה) 5 = 26.

א = אֲ

El que fuera quizá el mayor cabalista de todos los tiempos, Isaac Luria, llamado también Ari haKaddosh, sostenía que hay dos caminos para acceder a los secretos de la *Torah*: las letras y el cuerpo humano. Por otra parte, Rabí José Haim de Bagdad consideraba que el Nombre de Dios era un resumen de todas las letras y la expresión máxima de la caridad, *Tsedakah* (צדקה). Hacía corresponder a la letra *Vav* (ו) con el brazo del que está dando caridad, una *He* (ה)[50] con la mano que da y otra con la que recibe, y la *Iod* (י) con la moneda que se está dando y recibiendo al mismo tiempo.

Así en el acto de dar caridad se está realizando el *Tikún*, o sea la reunión del Nombre de Dios.

Pero el secreto de la caridad, opinan los cabalistas, se descubre gracias a un rebuscado sistema de encriptamiento denominado *Atbash*. Para el *Atbash* hay que leer la primera letra del alfabeto, la *Alef* (א), como la última, la *Taf* (ת); la segunda, la *Beth* (ב) como la penúltima, la *Shin* (ש) y así

49. La letra *Vav* es una letra copulativa y sirve para unir.
50. El valor numérico de esta letra es 5, y representa a los 5 dedos de la mano.

sucesivamente. Si «convertimos» la palabra *Tsedakah* (צדקה) a *Atbash* obtenemos exactamente la misma palabra, *Tsedakah* (צדקה), pero al revés.

צ	corresponde a	ה
ד	„	ק
ק	„	ד
ה	„	צ

La enseñanza que extraen los sabios cabalistas es que cuando estamos dando también estamos recibiendo. Si deseamos la riqueza, o sea el Don de Dios, «empecemos por dar de nuestra pobreza y continuemos dando de nuestro superfluo» porque «Si la riqueza de Dios nos habita, nuestra pobreza en el mundo nos parecerá ligera y saludable».[51]

Juli Peradejordi

51. Véase *El Mensaje Reencontrado*, XXI-35', Ed. Sirio, Málaga 1987.

Bibliografía

Alòs i Moner, Ramon de

— *Col·leció de documents relatius a Arnau de Vilanova.* EUC, III, 1909; IV, 1911; V, 1912 y VI, 1912.

Andrés Martín, Melquíades

— *Reforma española y reforma luterana. Afinidades y diferencias a la luz de los místicos españoles.* (1517 – 1536), FUE, Madrid 1975.

— *Alumbrados, erasmistas y místicos en la Inquisición española y mentalidad inquisitorial.* Editorial Ariel. Barcelona 1984.

Asín Palacios, Miguel

— *Sadilies y alumbrados.* Ediciones Hiperión. Madrid 1999.

Batllori, Miquel, S.I

— *Raimondo Llullo e Arnau de Vilanova.* Academia Nazionale dei Lincei Roma 1971.

— *La documentación de Marsella sobre Arnau de Vilanova.* Balmesiana (Bibl. Balmes). Barcelona 1948.
— *Obras catalanas de Arnau de Vilanova.* Vol. I: Escrits religiosos, Vol. II: Escrits mèdics. ENC Barcelona 1947.
— *Arnau de Vilanova en Italie.* AST Vol. XXIII. Fasc. 1. Barcelona 1950.
— *Les versions italianes medievals d'obres religioses del Mestre Arnau de Vilanova.* Archivio Italiano per la Storia della Pietà. Roma 1951.
— *Dos nous escrits espirituals d'Arnau de Vilanova.* AST. Vol. XXVIII. Arxiu Carmelita de Roma. Barcelona 1955.
— *Arnau de Vilanova i l'arnaldisme.* Obra Completa. Biblioteca d'Estudis i Investigació Tres i Quatre. Valencia 1995.

BOHIGAS, Pere
— *Profecies catalanes dels segles XIV i XV.* BBC. Vol. VI. Barcelona 1922.

CARRERAS I ARTAU, Joaquim
— *Expositio super Apocalypsi de Arnau de Vilanova: autenticitat, data i lloc de composició.* Estudis Romànics. Vol. VIII. Barcelona 1961.
— *Expositio super Apocalypsi, Arnaldi de Villanova. Opera omnia Scripta spiritualia.* Vol. I. Barcelona 1971.
— *Arnau de Vilanova y las culturas orientales. En homenaje a Millàs-Vallicrosa.* CSIC. Vol. I. Barcelona 1954.
— *Del epistolario espiritual de Arnau de Vilanova.* En Estudios Franciscanos. Vol. XLIX. Barcelona 1948.
— «Allocutio Super Tetragrámaton de Arnau de Vilanova». En *Sefarad.* Vol. IX. Barcelona 1949.

— «Arnau de Vilanova, apologista antijudaico». En *Sefarad.* Vol. VII. Barcelona 1947.
— *La llibreria d'Arnau de Vilanova.* AST. Vol. IX. Barcelona 1935. (Forma parte de la *miscel·lània Finke d'història i cultura catalanes*).
— *Obres teològiques d'Arnau de Vilanova.* AST. Vol. XII. Barcelona 1936.
— *Una versió grega de nou escrits d'Arnau de Vilanova.* AST. Vol. VIII. Barcelona 1932.
— *L'epistolari d'Arnau de Vilanova. Miscel·lànies Prat de la Riba.* Vol. II. Barcelona 1948.

CATTIAUX, Louis
— *Le Message Retrouvé.* Editado por Les Amis de Louis Cattiaux, Bruselas 1991. (Existen ediciones en español y catalán.)

HOOGHVORST, Emmanuel d'
— «Le Fil de Pénélope». *La Table d'Émeraude,* París 1996. (Existen ediciones en español y catalán.)

IVARS, José Antonio
— *Traducción castellana del tratado de Arnau de Vilanova. De somniarum interpretatione.* Edit. Labor. Barcelona, 1975.

MÁRQUEZ, Antonio
— *Los alumbrados. Orígenes y filosofía. (1525-1559).* Taurus Ediciones. Madrid 1980.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino
— *Historia de los heterodoxos españoles.* 2 vols. BAC. Madrid 1978.

MILLAS VALLICROSA, José Mª
— «Notas bibliográficas de las relaciones entre Arnau de Vilanova y la cultura judaica». En *Sefarad* Vol. XVI. Barcelona 1956.

PERARNAU, Josep
— *Alia informatio beguinorum d'Arnau de Vilanova. Studio, Textus, Subsidio.* Facultat de Teologia. Secció Sant Pacià. Barcelona 1978.
— «Tractats espirituals d'Arnau de Vilanova en la Biblioteca del Cardenal Nicolau de Cuse (1401-1464)». En *Revista Catalana de Teologia*, VI / 1. Facultat de Teologia de Barcelona. Secció Sant Pacià. Barcelona 1981.
— *De zona Pellicea.* Edición en «Troballa de tractats perduts». *Revista Catalana de Teologia.* Barcelona 1976.
— *Fragments en català del tractat perdut d'Arnau de Vilanova: De fini mundi.* ATCA vols. VII y VIII. Barcelona 1989.

SANTONJA, Pedro
— *La influencia de la cultura judía en la obra de Arnau de Vilanova.* Biblioteca Valenciana. Valencia 2001.

Además hay que tener en cuenta las diversas publicaciones del INSTITUT D'ESTUDIS CATALANS: Arxiu de Textos Catalans Antics (artículos sobre Arnau de Vilanova).

Siglas

AFP	Archivium Fratrum Praedicatorum
AST	Analecta Sacra Tarraconensia
ATCA	Arxiu de Textos Catalans Antics
BAC	Biblioteca de Autores Cristianos
BBC	Butlletí de la Biblioteca de Catalunya
CSIC	Consejo Superior de Investigaciones Científicas
DTC	Dictionnaire de Théologie Catholique
DS	Dictionnaire de Spiritualité
EF	Estudios Franciscanos
ENC	Els nostres clàssics
EUC	Estudis Universitaris Catalans
FUE	Fundación Universitaria Española
RCT	Revista Catalana de Teologia

Abreviaturas Bíblicas

Antiguo Testamento

Gén	Génesis
Éx	Éxodo
Lev	Levítico
Núm	Números
Dt	Deuteronomio
Jos	Josué
Jue	Jueces
Rut	Rut
1 Sam	1 Samuel
2 Sam	2 Samuel
1 Re	1 Reyes
2 Re	2 Reyes
1 Cr	1 Crónicas

2 Cr	2 Crónicas
Esd	Esdras
Neh	Nehemías
Est	Ester
Job	Job
Sal	Salmos
Prov	Proverbios
Ecc	Eclesiastés
Cant	Cantar de los Cantares
Is	Isaías
Jer	Jeremías
Lm	Lamentaciones
Ez	Ezequiel
Dan	Daniel
Os	Oseas
Jl	Joel
Am	Amós
Abd	Abdías
Jon	Jonás
Miq	Miqueas
Nah	Nahúm
Hab	Habacuc
Sof	Sofonías
Ag	Ageo
Zac	Zacarías
Mal	Malaquías

Nuevo Testamento:

Mt	Mateo
Mc	Marcos
Lc	Lucas
Jn	Juan
Act	Actos de los Apóstoles
Rom	Romanos
1 Cor	1 Corintios
2 Cor	2 Corintios
Gál	Gálatas
Ef	Efesios
Flp	Filipenses
Col	Colosenses
1 Tes	1 Tesalonicenses
2 Tes	2 Tesalonicenses
1 Tim	1 Timoteo
2 Tim	2 Timoteo
Tit	Tito
Flm	Filemón
Heb	Hebreos
1 Pe	1 Pedro
2 Pe	2 Pedro
1 Jn	1 Juan
2 Jn	2 Juan
3 Jn	3 Juan
Jds	Judas
Ap	Apocalipsis

Índice

Estudio Introductorio 7
Comentarios biográficos acerca del autor 9
Su producción literaria más importante 17

Alocución sobre el significado del nombre Tetragrámaton 23
A propósito de la Allocutio 25
Allocutio super Tetragrámaton 29

Tratado de la Caridad 75
Presentación 77
Texto refundido 81

Epílogo: el nombre de Dios y la caridad 93
Bibliografía 97
Siglas 101
Abreviaturas bíblicas 103

EL LIBRO DE LOS NOMBRES HEBREOS
San Jerónimo

Podría decirse de san Jerónimo que tuvo el privilegio de vivir tres vidas. Primero como asceta en el desierto, luego como secretario y consejero del papa Dámaso en Roma y después como monje en Belén. Entre sus innumerables trabajos cabe destacar la traducción latina de la Biblia, la Vulgata, y EL LIBRO DE LOS NOMBRES HEBREOS en el que explica el significado de todos los nombres propios y de lugar que aparecen en el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Este libro es, sin lugar a dudas, una auténtica primicia ya que se trata de la primera vez que se traduce al castellano. Es, pues, un valiosísimo instrumento para el estudio y la interpretación de las Sagradas Escrituras.

TRATADO DE FASCINACIÓN
Enrique de Villena

La fascinación o aojamiento, tema objeto del presente tratado del Marqués de Villena, es lo que comúnmente conocemos como "Mal de ojo". Villena (1384-1418), es el primero en proponer una teoría científica sobre este tema tan controvertido.

Escrito en forma epistolar, este pequeño libro describe el Mal de Ojo como una enfermedad mental y espiritual, detalla los tres grandes remedios preventivos –supersticiosos, virtuales y cualitativos–, analiza los procedimientos para detectar su existencia y los métodos para tratarlo, como por ejemplo los rituales con piedras preciosas o las hojas de albahaca.

La presente edición, introducida y anotada por Carmen de la Maza, reproduce un manuscrito de la obra y viene acompañada por un estudio sobre el Mal de Ojo en el judaísmo.